TU MUJER NOS ENGAÑA!

RES
CTOS
MICOS

LA FARSA

50 CTS.

DE
MANUEL
MERINO
Y JOSÉ
DE LUCIO

Cubierta
de
este
número:
la
bella
actriz
Pilar González Torres,
feliz
intérprete
de
Celia
en
¡Tu mujer nos engaña!

MANUEL MERINO Y JOSE DE LUCIO

11056

¡TU MUJER NOS ENGAÑA!

ADAPTACION LIBRE DEL VODEVIL EN TRES ACTOS

L'HOME DE LA SON,

DE

A. VALLESCÁ

Estrenada en el Teatro María Isabel, de Madrid, la noche del 28 de junio de 1932.

DIBUJOS DE
ANTONIO MERLO

LA FARSA

AÑO VI ||| 30 DE JULIO DE 1932 ||| NÚM. 255
MADRID

A PILAR GONZALEZ TORRES

En agradecimiento al esfuerzo que significó para ella estrenar esta obra sólo con tres ensayos.

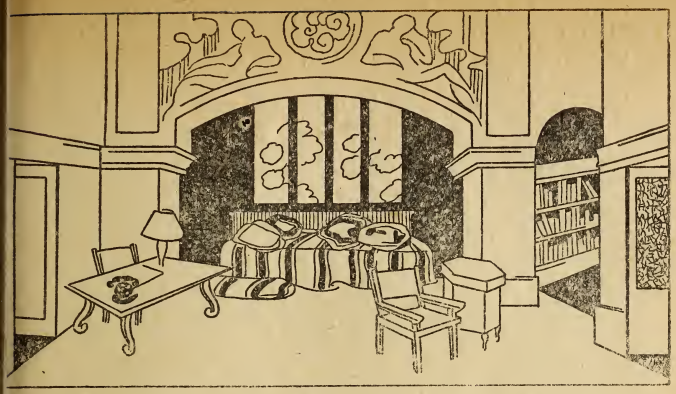
Y en recuerdo del legítimo gran triunfo que obtuvo, paso decisivo en la brillante carrera artística de la belísima comedianta,

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Celia	Pilar González Torres.
Nini	Carmen López Lagar.
Alberta	Paz Robles.
Silvia	Amada Nalda.
Dora	Consuelo Sanz.
Bonifiacio Pan	Ricardo Yuste.
Abel Quiroga	Manuel Dejuán.
Martín San Martín	Emilio Menéndez.
Máximo Menéndez	Rafael Terry.
Cipriano	Rodolfo del Campo.
Ramón	Francisco Valera.

El 1.º y 2.º acto en Madrid. El 3.º en el Plantío. Y ahora. Derecha e izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

La escena representa el amplio despacho del abogado don Abel Quiroga. Derroche de buen gusto y elegancia. Al foro derecha, una puerta que cerrará y abrirá automáticamente y que va a dar a una sala de espera. Al foro izquierda, un gran ventanal que mira al jardín. Entre la puerta y el ventanal hay un arcón que se conserva en casa de Abel Quiroga más por su antigüedad que por su valor artístico. El arcón está abierto y su tapa, que descansa contra la pared, aparece medio cubierta por un mantón de Manila, un damasco artístico, una manta jerezana... Delante del arcón, una cheslón muy baja. En primer término derecha, una gran librería. Delante de ella, una mesa de despacho con todo lo necesario en esta clase de muebles; sobre la mesa estará también el teléfono. En el segundo término derecha, una puerta. A la izquierda, dos puertas: la de primer término, pequeña, de esas que hemos dado en llamar de escape; la del segundo, más amplia y conduce al dormitorio y habitaciones íntimas de Abel Quiroga. Entre estas dos últimas puertas, y un poco al centro de la escena, una mesa redonda. En su torno dos butacas o tres; lógicamente colocadas por la escena, algunas sillas. En la pared cuadros de mujeres y retratos... de mujer también. Son las primeras horas de la tarde de un día del mes de junio.

(DORA es una muchachita de esas que ahora se llaman "fáciles"; muy alegre, muy pizpireta y todo lo mal criada que corresponde a las muchachas de su condición y de... su tiempo. Al levantarse el telón sale por la segunda izquierda, malhumorada, "rabanera" y poniéndose los guantes con marcada nerviosidad. Casi al mismo tiempo sale por la puerta del foro RAMON—un criado como todos los criados—con la diligencia del servidor a quien se llama.)

671264

DORA.—Esto se acabó. ¡No aguanto más! ¡Hasta ahí podrían llegar las cosas!...

RAMON.—¿Me ha llamado usted?

DORA.—¿El qué?

RAMON.—¿Digo que si me ha llamado la señorita?

DORA.—A mí es a quien van a tener que llamarme para que vuelva a esta casa.

RAMON.—¿Es que se va la señorita?

DORA.—¡Me voy para siempre!

RAMON.—¡Qué lástima! Pero, ¿no volverá usted más?

DORA.—¿No he dicho que me voy para siempre?

RAMON.—Es que como eso se dice... siempre...

DORA.—Yo no lo he dicho nunca. Pero ahora lo digo. ¡Me voy para siempre! ¡Ah! Y al donjuanesco de su señorito, dígale usted que por mí puede seguir haciendo y diciendo estupideces, como las que ha hecho y dicho durante toda la mañana por teléfono...

RAMON.—¿Y es eso lo que la ha disgustado a la señorita? Comprenda que no vale la pena.

DORA.—Bueno. Valdrá o no valdrá la pena; pero por lo que valga ahora, le dice usted al señorito Abel que le dejo el campo libre para que pueda entregarse en los brazos de la señorita Ni... ni... (*Y Dora recalca el nombre de Nini como si lo tuviera entre las uñas.*)

RAMON.—Puedo asegurarle que la señorita Nini no ha venido todavía.

DORA.—(*Riendo con mal disimulada rabia.*) Todavía, ¿eh?... Pero vendrá. Ya verá usted cómo viene. Y tras ella la sarta de idiotas que traen al retortero a este... Landrú de vía estrecha.

RAMON.—Comprenderá la señorita que la culpa no es toda de mi señorito.

DORA.—Claro. Se especializó en los divorcios y por aquí desfilan todas las "locas" de Madrid y sus contornos.

RAMON.—Luego, su celebridad como novelista erótico, ¿eh?

DORA.—Atraen a esta casa a todas las mujercitas alegres de esta ex-corte, ¡ya lo sé!

RAMON.—Pues si así lo reconoce la señorita no puede extrañarle...

DORA.—No. Si lo único que extraño es no haber tomado mi determinación antes.

RAMON.—Ahora...

DORA.—¡Antes!

RAMON.—Digo, que... ahora obra de ligero la señorita.

DORA.—He meditado bien mi resolución. ¡Y me voy! ¡Adiós!... (*Y Dora se dispone a salir por la puerta del foro, pero al llegar*

al dintel y antes de abrirla se detiene.) ¡No! Por aquí, no. Ya debe estar ese salón lleno de admiradoras. Y en el "tren" que voy y con los nervios que tengo, vamos a tener aquí una sesión nocturna de las Constituyentes... Me iré por aquí. (*Inicia el mutis por la primera izquierda.*) Es mejor...

RAMON.—Como quiera la señorita.

DORA.—¡Ah! Y a don Abel Quiroga dígale usted que siento que no tenga un hermano como aquel que hizo célebre la quijada de un compañero de usted...

RAMON.—¡Muy agradecido!...

DORA.—No hay de qué... ¡Pues no faltaba más! (*Dora hace mutis. Tras ella, un poco "mosca", por qué negarlo, sale Ramón. Por la derecha entra ABEL. Trae entre las manos un libro que viene hojeando con curiosidad. Apenas entra en escena suena el timbre del teléfono, al que acude rápido. Y en el monólogo, naturalmente, contesta a cuanto parece le dicen.*)

ABEL.—Pero, Niní, ¿otra vez?... Sí; soy yo, hija... Ya te he dicho antes que no... ¡Claro!, y lo repito ahora... Hoy me es imposible... ¿Y yo qué le hago?... ¡Tengo una vista en la Audiencia... ¡Ya te he dicho que no! Bueno; haz lo que quieras, pero no me marees más, ¡vaya! (*Y con enfado, violentamente, Abel cuelga el auricular.*) ¡Qué criatura más posma! Esta es de las que cree rendirme por cansancio. ¡Pues está lista!

(*RAMON entra de nuevo. Respeta un momento el silencio en que ha quedado su amo y luego se atreve a decirle.*)

RAMON.—Señorito...

ABEL.—¿Qué hay? ¡Ah, eres tú!...

RAMON.—Sí, señor... La señorita Dora...

ABEL.—¿Qué tripa se le ha roto a la señorita Dora?

RAMON.—Se ha ido de casa.

ABEL.—No te preocupes; volverá pronto.

RAMON.—Me ha dicho que se iba para siempre...

ABEL.—(*Sin poder contener su gesto de alegría.*) ¿Qué me dices?

RAMON.—Que se va para siempre...

ABEL.—(*Un poco poseído.*) ¡Bah! Volverá en cuanto yo la llame por teléfono...

RAMON.—Creo que no, señorito; aborrece el teléfono...

ABEL.—¡Bah!

RAMON.—Al teléfono..., a la señorita Niní y a la clientela que viene al despacho.

ABEL.—Oye. ¡Y a propósito de clientela! ¿Ya estará el salón lleno?

RAMON.—Desde las dos.

ABEL.—Bueno. Pues hoy les dices que no recibo porque... ¡porque no estoy en casa!

RAMON.—Yo creo que hace mal el señorito en no recibirlas, porque hay dos o tres señoras como para enfermar...

ABEL.—¡¡Ramón!!

RAMON.—Perdone el señorito... (*Ramón inicia el mutis por la puerta del foro dispuesto a cumplir las órdenes de su amo y de paso a detenerse dando explicaciones a algunas de las señoras que él señalaba como excepcionales. Pero, al abrir la puerta, SILVIA entra en el despacho a pesar de los esfuerzos de Ramón.*) Perdone la señora. Don Abel no recibe..., no está... ¡No se puede pasar, señora! (*Cuando se quiere dar cuenta, Silvia está en medio del despacho.*)

SILVIA.—A mí no me detiene hoy ni la Comisión de Responsabilidades. ¡Pues no faltaba más! (*Y Silvia repara en Abel, que está un poco estupefacto ante lo inopinado de la escena.*) ¡Ah! Perdone usted, maestro. (*Ramón, que conoce la debilidad de su amo en cuanto a mujeres se refiere, al ver ya a Silvia frente a frente a Abel hace mutis rápido por la puerta del foro con el propósito de evitar otro gesto resuelto de cualquiera de las señoras que esperan desde las dos.*) Perdone usted la forma poco correcta, violenta, con que penetré en este despacho.

ABEL.—(*Amablemente.*) No faltaba más, señora...

SILVIA.—Fué un atrevimiento, una descortesía...

ABEL.—Usted no puede hacerlas nunca...

SILVIA.—¿Por qué?

ABEL.—(*Un poco perplejo.*) Qué sé yo... Porque no... ¡Eso! Porque... una mujer bonita no puede hacer descortesías nunca.

SILVIA.—(*Muy melosa.*) ¡Ay, gracias! Pero créame que mi actitud tiene una justificación, una disculpa. Estaba poseída—estoy poseída—de unos nervios que me tienen fuera de mí... Ardía en deseos de ver a usted, de que usted me viese...

ABEL.—¿Y eso?

SILVIA.—Llevo tres días sin dormir. ¡No como nada! Tengo una dejadez, un malestar...

ABEL.—¡Ay, señora! Usted viene equivocada. El doctor Morales vive en el piso de abajo...

SILVIA.—No. No vengo equivocada. Yo vengo a ver al novelista insigne, al famoso autor de "Las almas desnudas", Abel Quiroga.

ABEL.—¡Ah! Entonces, sí; ese soy yo.

SILVIA.—Soy una de sus más devotas admiradoras. Me conozco su obra al dedillo. Hay novelas de usted que leí tres y cuatro veces...

ABEL.—Me abruma usted...

SILVIA.—Pero esta última, "Las almas desnudas", ha partido la mía de emoción...

ABEL.—Cómo iba yo a imaginar... Sí; tal vez el asunto..., el asunto...

SILVIA.—El asunto me entró tan adentro...

ABEL.—(*Aparte.*) (¡Caray!)

SILVIA.—Me ha impresionado de modo tan hondo que llevo tres días con tres noches sin dormir.

ABEL.—¿Y viene usted a que yo la duerma? Hija, por Dios, lo que usted necesita es un cantador de tangos argentinos... Yo no sé dormir a nadie.

SILVIA.—Pero sabe usted atormentar almas...

ABEL.—Desnudarlas nada más...

SILVIA.—La mía, por lo menos, está saturada por la emoción admirable de su novela, que, a más, ocupa todas las horas de mi vida. (*Y Silvia va subiendo el tono de su romanticismo "chirle".*) Y del corazón al pensamiento y del pensamiento al corazón van y vienen estos nombres: Abel Quiroga, "Las almas desnudas"... Abel... Quiroga...

ABEL.—(*Aparte.*) (Qué perra ha cogido esta pobre.) (*A ella.*) Y, claro, ¿no piensa usted en otra cosa?

SILVIA.—Si no es sólo pensar; es que vivo la realidad de su fantasía novelesca...

ABEL.—(*Aparte.*) (¡Agarra!)

SILVIA.—Es que el conflicto imaginado por usted es el mismo conflicto de mi vida. ¿Usted me entiende?

ABEL.—No mucho, pero en fin...

SILVIA.—Es que a mí me pasa exactamente lo mismo que a la heroína de su novela. ¡Soy un alma desnuda! Ahora mismo, Ya ve usted... Me parece que vivo los momentos que usted describe prodigiosamente. Y creo que este despacho es el "hall" del palacete de Bagdad...

ABEL.—Cosa difícil...

SILVIA.—Que mi alma se va a fundir de nuevo en este cenicero convertido en mágico crisol...

ABEL.—También es difícil...

SILVIA.—Que mi cuerpo desnudo se va a echar frenético sobre usted...

ABEL.—Eso ya entra en el terreno de las posibilidades...

SILVIA.—¡Oh, por Dios! ¡Qué disparate he dicho! ¡Qué vergüenza!

(*RAMON entra de nuevo por el foro.*)

RAMON.—Señor...

ABEL.—¿Qué hay?

RAMON.—El señor Menéndez desea verle.

ABEL.—Que pase, hombre, que pase el señor Menéndez. ¿Cómo no le has hecho pasar en seguida?

RAMON.—(*Por Silvia.*) Como el señor estaba...

ABEL.—No, si la señora se va ahora mismo, ¿verdad?

SILVIA.—Justamente.

ABEL.—Que pase el señor Menéndez. (*Ramón hace mutis.*)

SILVIA.—Le dejo a usted...

ABEL.—Con el mayor sentimiento por mi parte.

SILVIA.—(*Inicia el mutis por la puerta del foro.*) Pues entonces, si le parece, dentro de unos días volveré a visitarle y...

ABEL.—Siempre será usted bien recibida. (*Y al coger a Silvia la mano para besársela, la dice:*) Salga usted por esta puerta, es mejor. No encontrará usted a nadie... y... evitaremos ojos indiscretos.

SILVIA.—Gracias. ¡Buenas tardes, maestro! (*Y Silvia hace mutis por primera izquierda. Casi simultáneamente entra por la puerta del foro MENENDEZ, acompañado de RAMON, que se retira seguidamente. Menéndez es un señor como de unos cincuenta años. Panzudo, coloradote y con el pelo cortado al rape. Viste a la buena de Dios y de todo su cuerpo rebosa salud y jovialidad. Menéndez ríe por cualquier cosa, y a despecho de cuantos esfuerzos hace por demostrar lo contrario, tiene un tufo rural que apesta.*)

MENENDEZ.—Abel... Mi querido Abel. ¿Cómo va ese valor?

ABEL.—Señor Menéndez, tanto bueno por esta casa... (*Se abrazan cordialmente.*)

MENENDEZ.—¿Te alegra verme?

ABEL.—Mucho.

MENENDEZ.—Pues a mí más. Primero, claro está, por verte, y luego porque el verte significa que he venido a Madrid.

ABEL.—Pues hacía tiempo que no venía usted por aquí, ¿verdad?

MENENDEZ.—Bastante, sí. Los quehaceres me aherrojan al pueblo, la gasolina está cada vez más cara y luego mis hijos están cada día más escamados de estos viajes, ¡ja, ja, ja! (*Y Menéndez se ríe de arriba a abajo.*)

ABEL.—¡Vaya por Dios! Bueno y dígame usted: ¿Qué hay por ese maravilloso Pinares del Valle?

MENENDEZ.—Pues, chico, todo es paz y tranquilidad en tu distrito.

ABEL.—¿Mi distrito?

MENENDEZ.—¡Ah! ¿Pero no sabes?

ABEL.—¿Qué?

MENENDEZ.—¡Pues ahí es nada! ¡Que en Pinares del Valle se ha formado la "Liga de vecinos" y que su primer acuerdo fué el de presentarte diputado por allá!

ABEL.—¡Qué disparate! ¿Diputado yo? Pero si todos saben que soy un hombre trabajador y serio. ¿Cómo se les ha ocurrido eso?

MENENDEZ.—Pues ya ves. Cosas de los pueblos...

ABEL.—¡Jesús, Jesús!

MENENDEZ.—Y no es eso lo más gordo para ti.

ABEL.—¿Hay más aún?

MENENDEZ.—Que también en Pinares del Valle se ha formado la "Liga de las vecinas"—tratándose de mujeres eso de la "Liga" se ajusta más, ¿no?— ¡Ja, ja, ja! Y pretenden nada menos que casarte...

ABEL.—¿Eh? ¿Pero es que se han vuelto locos en Pinares del Valle?

MENENDEZ.—Lo que oyes. Se han reunido todas las madres que tienen hijas solteras y acordaron por unanimidad cazarte y... casarte...

ABEL.—¿Con todas?

MENENDEZ.—Con una sola. ¡Y ya es bastante!

ABEL.—¡Ca, hombre! De ninguna manera. ¿Casado yo? ¡¡Qué horror!!

MENENDEZ.—No podrás resistir el empeño de tanta mujer junta.

ABEL.—Ya lo veremos.

MENENDEZ.—Mira: eso mismo, hace veinticinco años, se propusieron la madre y la abuela de la que fué mi mujer y me casaron. ¡Y eran dos solas contra mí! Calcula ahora que contra ti concentran sus tiros todas las damas de Pinares del Valle... No te quepa duda: De allí te traes un acta doble.

ABEL.—¿Doble?

MENENDEZ.—Sí, hombre... el acta de diputado... y la de matrimonio. ¡Ja, ja, ja! (*Y esta vez Menéndez se ríe con más gana que nunca. Pero de súbito se queda serio.*)

ABEL.—Claro, deja usted de reírse porque comprende la ferocidad que se intenta hacer conmigo.

MENENDEZ.—No, galán, no. Dejo de reírme porque ahora me acuerdo de que no estoy para bromas. El motivo de mi viaje...

ABEL.—¡Ah, sí! Habíamos olvidado ya el por qué de su venida a Madrid... ¿Es algo desagradable?

MENENDEZ.—Hombre, tanto como desagradable, lo que se dice desagradable, no. Quiero de ti un favor...

ABEL.—¡Concedido!

MENENDEZ.—Bien. Pero antes me has de prometer serme enteramente sincero. Quiero de ti la verdad. (*Pausa.*) ¿Cuánto tiempo hace que no viene por tu casa Martín, mi yerno?

ABEL.—¿Martín? ¡Qué se yo! Unos tres meses. Sí, eso, unos tres meses. Vino justamente el día que terminé mi último libro.

MENENDEZ.—¡Ya decía yo!

ABEL.—¿Pero, qué pasa? ¿Por qué es la pregunta?

MENENDEZ.—No, nada. Suposiciones, conjeturas. Verás. Hace ya

una temporada, y pretextando que tiene aquí asuntos urgentes que resolver, Martín hace frecuentes viajes a Madrid...

ABEL.—Eso no es para asustarse.

MENENDEZ.—Desde luego. Pero oye esto. Antes, cuando venía, todos en casa sabíamos en qué hotel paraba. Ahora, y so pretexto de que le cansan las comidas del hotel, nos dice que se hospeda cada vez en uno, del que, naturalmente, no nos da noticias.

ABEL.—Claro; eso sí es un poco sospechoso...

MENENDEZ.—Y hay más. Porque digo yo: sentado que Martín no da un paso en nada, sin consultártelo, sin pedirte opinión, sin que tú sepas los detalles en todo, ¿cómo es que ahora teniendo entre manos esos asuntos tan importantes no viene por tu casa?

ABEL.—Hombre, eso... Creerá que puede campar sólo por sus respetos... No le serán necesarios ya mis consejos... ¿Qué otra cosa puede ser?

MENENDEZ.—Qué sé yo, qué sé yo... ¡Me da un tufillo a faldas!

ABEL.—¡Imposible! Martín es un gran muchacho, un modelo de maridos. Le conozco bien y sé que está enamoradísimo de su hija de usted. No puede sospecharse eso de Martín. Es un excelente chico, un santo...

MENENDEZ.—(*No muy convencido por los argumentos de Abel.*) Bien, bien... No quería saber más. Porque luego, si mis sospechas resultan ciertas, ¿eh? ¡Qué le vamos a hacer! Después de todo tú no tendrías la culpa de ello...

ABEL.—¡Naturalmente!

MENENDEZ.—¡Claro! ¡Ni yo tampoco! ¿Verdad? Ja, ja, ja... (*Y Menéndez vuelve a reír, dando olvido a la preocupación que le inquietó un punto. Por el foro entra BONI. Boni es un hombre como de cuarenta años. Viste elegantemente, aunque con cierta dejadez, que denota su temperamento abúlico. Boni es ese "amigo" obligado que florece en todas las grandes ciudades, al margen de las gentes de dinero, de los que bullen, o al flanco de los que destacan su personalidad en cualquier orden de cosa. A Boni le traen y le llevan sus amigos como a un zarandillo. Sirve para todo como el "ungüento amarillo". De día y de noche se ocupa de las cosas de los demás. Y como no le da el tiempo para nada, anda tan falto de sueño como de dinero. Apenas traspasa el dintel de la puerta, la cierra rápidamente en evitación de que entre alguien que viene tras él. Mueve el cuerpo como si se sacudiese algo que le embaraza. Se estira el chaleco y se acomoda bien dentro de la americana. Y por la juntura de las hojas de la puerta dice a las gentes que quedan fuera*:)

BONI.—Entro porque no vengo de consulta. ¿Estamos? Porque soy como de la familia. Y a fin de cuentas... ¡porque me da la gana!

ABEL.—¿Pero qué te pasa, hombre?

BONI.—¡Que no se puede venir a esta casa! ¡Tienes una clientela femenina de pelmazas que aterra. ¡Jesús, qué señoras!

ABEL.—Boni... Repara que está aquí el señor...

BONI.—Bueno. Usted perdone, señor... Pero es que los pelmazos me pueden, ¡palabra de honor! Y eso que yo soy también un poco pelmazo...

ABEL.—(*Presentándoles.*) Boni, mi amigo don Máximo Menéndez...

MENENDEZ.—Tanto gusto...

ABEL.—Bonifacio Pan. Un amigo mío de toda la vida... Bueno como su apellido, pero un poco quisquilloso... y... ¡Con sueño atrasado desde los catorce años! (*Menéndez y Abel ríen, aunque a Boni no le ha hecho maldita la gracia.*)

BONI.—No haga caso, señor. Pasa que los amigos me traen de la ceca a la meca y que a despecho de mis propósitos no he podido dormir a gusto desde que comenzaron las obras del teatro Real...

MENENDEZ.—Pues ya hace años, ¿eh?

ABEL.—¡Qué cosas dices!

BONI.—Pues si es verdad. Pero en fin. Aprovechando ahora que tendrán ustedes que hablar, yo me tumbo en esa cheslón...

MENENDEZ.—No; por mí no se moleste. Hemos hablado todo y me disponía a dejar a nuestro común amigo Abel...

ABEL.—¡Justamente!

BONI.—¿Se convence usted ahora de mi mala suerte? Podía haber descabezado un sueñecito... En fin... paciencia...

MENENDEZ.—Pues nada, por mí aquí queda usted a sus anchas... He tenido mucho gusto en estrechar su mano... Máximo Menéndez, en Pinares del Valle...

BONI.—¡Hombre! ¿Pinares del Valle?... Ahí tengo un buen amigo, Martín San Martín.

ABEL.—(*Interrumpe rápidamente, por si Boni dice una de las suyas.*) San Martín está casado con una hija de don Máximo. ¿Sabes?

MENENDEZ.—¡Justo! Martín San Martín es mi yerno....

BONI.—¡Buen pelmazo se goza usted por hijo político, caray! Porque San Martín es un pelmazo de arroba...

ABEL.—¡Boni!...

MENENDEZ.—No, déjalo; si es muy gracioso. ¡Martín un pelmazo! Pues mire usted, me contentaría con que fuese sólo eso... ¡Vaya! Repito... Un amigo de usted...

BONI.—Y yo suyo.

MENENDEZ.—Y a ti, querido Abel, no te digo nada. ¿Eh? Si puedes averiguar algo de eso...

ABEL.—Descuide usted.

MENENDEZ.—A tus electores ya les diré lo que viene al caso...

ABEL.—A ellos, les dice usted que no; así, en rotundo. Y a ellas... que busquen otro "conejo" de Indias...

MENENDEZ.—¡Ya hablaremos de eso! ¡Ja, ja, ja! (*Y Menéndez hace mutis riendo con la misma gana de siempre. Abel le acompaña hasta la puerta primera izquierda. Se despide cariñosamente. Mientras Boni se ha sentado en el arca e intenta dormirse.*)

ABEL.—(*Volviendo.*) ¡Eh! ¡Pelmazo! ¿Qué va a ser esto? ¡A dormir te vas a otra parte!...

BONI.—¡Si es que estoy negro, hombre!

ABEL.—Pues espabílate, que yo tengo muchas cosas que hacer.

BONI.—Oye: ¿Quieres decirme quiénes son esos *ellos* y esas *ellas* a que te has referido con don Máximo?

ABEL.—¡Por qué no! Ellos son los vecinos de Pinares del Valle, que se empeñan en elegirme diputado. Y ellas, unas cuantas damas del mismo pueblo que se han propuesto casarme con una de las chicas de allí...

BONI.—¡Me lo figuraba! ¿Ves tú? ¡Me lo figuraba!

ABEL.—¿Y por qué?

BONI.—¡Porque sí, hombre! Porque es mi sino perro. A todo llego primero que tú y luego, en todo, me sacas medio caballo de ventaja...

ABEL.—Como no te expliques...

BONI.—Es bien sencillo. San Martín me presentó hace un mes a una chica de Pinares del Valle—una morena de ojos rasgados y grandes, de esos que dan vértigos—y le habló de la posibilidad de que ella y yo...

ABEL.—¿Y eso qué tiene que ver?

BONI.—Que verás cómo me las compongo de manera que esa morena sea la que te destinan en matrimonio. Si es el caso eternamente repetido. Me gusta una mujer, la hablo de mi amor, de mis propósitos... Y ella, en respuesta, me dice que la cuente cosas tuyas. ¡Intolerable!

ABEL.—Qué gracioso eres...

BONI.—Mira. Ahora, sin ir más lejos... Ya ves lo que me ha pasado anoche con Nini... (*Y Boni suspira en recuerdo de Nini.*) ¡No he pegado el ojo en toda la noche por su culpa!

ABEL.—¿Tanto la quieres?

BONI.—No lo sé todavía. Pero me he pasado la noche en la calle...

ABEL.—Qué divertido. ¿Y cómo fué ello?

BONI.—Verás. Ayer tarde se me insinuó un poco. Creí el terreno mejor abonado y, chico, liándome la manta a la cabeza, ¡me lancé con una declaración fulminante!

ABEL.—¡Hola!

BONI.—¡Lo que oyes! Bien; pues por toda respuesta me habló de cómo "castigas" tú a las mujeres.

ABEL.—¿Pero a cuento de qué te dijo eso?

BONI.—Verás, verás. Fingí no haber oído bien y continué mi asedio, proponiéndola al final fuese a mi pisito...

ABEL.—Y claro, aceptaría en seguida.

BONI.—¡Desde luego!

ABEL.—Ya decía yo.

BONI.—Pero con una sola condición: que mientras ella estuviese allí yo no había de entrar. ¿Eh? ¿Qué te parece?

ABEL.—Tú, claro, ¿te negarías?

BONI.—No me negué por creer que se trataba de una prueba que quería hacer conmigo.

ABEL.—(*Muy interesado.*) Bien. ¿Y qué?

BONI.—Pues nada. Que llegamos a casa, que me dejó en el descansillo de la escalera, que se cerró por dentro... y que se debió meter en mi cama a dormir tranquilamente; mientras yo —helado de frío y más aburrido que un diputado agrario— me pasé la noche en medio de la calle, departiendo con mi sereno sobre temas... constitucionales... ¡¡Calcula!!

ABEL.—¡Eres genial!

BONI.—¡Soy un idiota!

ABEL.—¿Y cómo no te fuiste a un hotel a dormir?

BONI.—¡Porque las esperanzas no se pierden nunca!... Y yo creí se la hubiese hablandado el corazón o en determinado momento de la noche, al echar de menos unos brazos... que ciñesen su cuerpo gitano, ¿verdad?... ¿Tú me entiendes, no?

ABEL.—Sí, hombre, sí. ¡Te entiendo!

BONI.—¡Pues ella no me entendió!

ABEL.—¿Y cómo ha terminado la aventura?

BONI.—No ha terminado. Porque sabrás que... ¡aun está en mi casa!

ABEL.—(*Sin poderse contener.*) ¡Ah! ¿Entonces es desde allí de donde me telefonea?

BONI.—¡Mi difunto padre! ¿De suerte que desde mi cuartito árabe se ha puesto al habla contigo? ¡¡Estoy haciendo el berebere!!

ABEL.—¡No!... ¡Verás!... Ella ha telefoneado...

BONI.—¡No me coloques cuentos chinos! Soy un idiota, ¡y a más un desgraciado!...

ABEL.—Mira, hombre; yo te explicaré...

BONI.—(*Se dirige al arca, se mete en ella y con gesto de cómica indignación dice:*) ¡Ya me lo contarás dentro de seis u ocho

horas! Ahora voy a sumirme en el arca de la desesperación... ¡Y a dormir hasta que Dios quiera!

ABEL.—Pero, Boni, ¿qué vas a hacer?

BONI.—¡A olvidar! ¡A dormir!

ABEL.—Pero criatura, que puedo necesitar ese mueble...

BONI.—¡Aquí no cabe la ingratitud de un amigo!

ABEL.—Pero...

BONI.—¡Felices pascuas! (*Y como lo pensó lo hace Boni. Se mete en el arca dispuesto a dormir a pierna suelta. Suena el timbre del teléfono. Abel acude rápido y habla.*)

ABEL.—¿Con quién hablo?... Sí... Sí, señora... El mismo... Sí, don Máximo ha estado aquí, pero se fué ya... No. Martín no ha venido... Pues no puedo decirla... Pero, ¿quién es usted?... ¿Que ahora es usted quien no puede decirme?... ¡Qué le vamos a hacer! Sí, claro, paciencia... Más gusto tendría yo en verla la cara, porque, a juzgar por la voz, debe usted ser guapísima. ¿Eh?.. ¡Oiga!... ¡Oiga!... Debe haber colgado el aparato. ¡Qué descortesía! (*Abel cuelga con el que escuchaba.*) ¿Qué trapicheos serán esos de Martín? ¿Y quién será esa mujer que preguntaba ahora? (*RAMON entra por el foro.*) ¿Qué pasa, Ramón? ¿Has despachado a todos?

RAMON.—Sólo queda una...

ABEL.—¿Quién es?

NINI.—(*Entrando resueltamente.*) ¡Yo soy! ¿Qué pasa?

ABEL.—¡¡¡Nini!!!

RAMON.—(*Aparte.*) (¡Ya escampa!) (*Alto.*) ¿Quiere algo el señor?

ABEL.—No; nada. Gracias. (*Ramón hace mutis sonriendo.*) ¡Bueno! (*Dirigiéndose a Nini.*) Vamos a ver: ¿Qué quieres de mí?

NINI.—(*Que no quiere dar pretexto a la indignación de Abel.*) Verte..., abrazarte..., ¡quererte! (*Y le abraza.*)

ABEL.—Vamos, Niní, formalidad. Y no levantes la voz...

NINI.—¿Hay enfermos?

ABEL.—Hay... que me duele la cabeza. A más, el dar voces es de personas mal criadas...

NINI.—Y engañar a las mujeres, ¿qué es?

ABEL.—¡Lo mismo que traicionar a los hombres! (*Durante todo este diálogo Abel intenta que no despierte Boni y procura que Nini no se entere de que la "marmota" de su amigo duerme en el arca.*)

NINI.—¿Y quién te engaña a ti, corazón?

ABEL.—Baja la voz, te digo. Y dime tú. ¿Dónde has pasado la noche?

NINI.—En casa de Boni. ¿Creías que te lo iba a ocultar?

ABEL.—No. Sé que eres fresca como una lechuga. ¿Y te parece bien haber dormido en casa de Boni?

NINI.—¡Estupendo! Verás. Ayer tarde, en el "Bar Chicote"...

ABEL.—Lo sé todo...

NINI.—Se puso meloso, ¡ja, ja, ja!...

ABEL.—No te rías así, Niní. Me pones nervioso...

NINI.—Bueno, hijo; te lo contaré bajito. Se me declaró y me ofreció su casa. Yo acepté el convite porque precisamente me habían pintado la alcoba de mi casa y todavía hay un olor que apesta... Y pensé para mi capote: "Niní, mira tú por dónde vas a dormir esta noche a tus anchas y... sin mal olor..."

ABEL.—¿Y qué hiciste de Boni?

NINI.—Dejarle en medio de la calle; ¿qué querías? ¿Que le hubiese dejado subir? ¡Ca, hombre! Y en casa de ese tontaina me he pasado la noche abrazada a este retrato tuyo...—que no separaré nunca de mi lado...—(*Niní se sienta en la cheslón que hay delante del arca.*) Y así esperé la llegada del nuevo día para poderte llamar por teléfono... ¡Ya que no me pudiste dedicar la noche de ayer, yo te la consagré por entero!

ABEL.—Todo esto está bien, y te lo agradezco... Pero lo que hiciste con el pobre Boni...

NINI.—¡Boni es un pelmazo! (*Pausa.*) Pero ven aquí tú a mi lado..., ¡ingrato!

(*Abel—bien contra su gusto—se sienta junto a Niní.*)

ABEL.—Ya estoy aquí, ¿qué quieres?

NINI.—Dime: ¿por qué no me quieres acompañar hoy?

ABEL.—¡Porque no puedo, mujer! Tengo que ir a la Audiencia. Me esperan en un consejo de administración...

NINI.—¡Qué bien lo íbamos a pasar! Tú no tienes idea de lo que es, en una mujer vehemente, pasarse toda la noche pensando en un hombre... Y al cabo de unas horas encontrarse a solas con él... ¡No tienes idea!

ABEL.—Algo me imagino...

(*Niní se recuesta en la cheslón. Cierra los ojos como para recordar algo de lo que fueron sus sueños de la noche anterior... y habla casi en éxtasis. Abel se levanta, va hacia la mesita del teléfono. Goge un pitillo, lo enciende con calma, y durante todo ese tiempo permanece de espaldas a Niní.*)

NINI.—¡No te imaginas todo, no! Cómo te apretaba entre mis brazos...

ABEL.—(*Aparte.*) (Pues se está poniendo esto como para que despierte ese pobre. O para que de improviso surja Dora...)

NINI.—Yo dormía así..., Abel... ¡Dame un beso!... Anda, hombre..., bésame... (*BONI saca la cabeza del arca y besa a Niní en el cuello.*) ¡Así! ¡Ves qué delicia!... Bésame más... En la boca... ¿No ves que mi boca te desea? (*BONI vuelve a sacar la cabeza y casi medio cuerpo y besa en la boca a Niní.*) ¡Qué maravilla! ¡Besas como nadie!... Dame otro beso.

ABEL.—¿Pero cómo voy a darte otro beso si aun no te he besado?

(*En este momento Niní vuelve de su apoteosis. Se incorpora de un salto al oír a Abel. Y al verle lejos de ella comprende, naturalmente, que no fué él quien le besó.*)

NINI.—Entonces... ¿Quién me ha besado con ese fuego?

BONI.—(*Poniéndose en pie dentro del arca.*) ¡El del encendedor... he sido yo!

ABEL.—¡¡Boni!!

NINI.—¿Tú eres quien me ha besado?

BONI.—¡Yo! ¿O es que no puedo besar?

NINI.—¡Eres un sinvergüenza!

BONI.—Gracias..., compañera.

ABEL.—¿Pues no estabas durmiendo?

BONI.—Sí. Dormía. Te juro que todo esto ha sido un sueño. Me faltaba este detalle para ponerte a "huevo" la carambola y... ¡ya la tienes!... Es mi sino perro. ¡Siempre a las sobras tuyas!

NINI.—No, pues esta vez te has aprovechado bien...

BONI.—¡Como tú en mi cama anoche!

NINI.—¿Te pareció mal? Pues como te descuides te dejo esta noche también al sereno. ¡Tengo aquí la llave de tu piso!

BONI.—No me importaría mucho. Casualmente, el sereno y yo quedamos esta mañana en una pequeña diferencia sobre el Estatuto catalán y... tal vez llegáramos esta noche a un acuerdo.

ABEL.—Bueno. Basta de querellas. Aquí no ha pasado nada. Tú pide perdón a Niní por haberla besado; y tú devuelve su llave a Boni...

NINI.—¿Que le devuelva la llave?

ABEL.—Claro. A fin de cuentas, él no se ha portado mal contigo...

BONI.—Por lo menos te he demostrado mi buen corazón. Querías un beso. Abel estaba lejos de ti y yo te lo dí por él.

ABEL.—Tiene razón Boni...

NINI—¡Ah! ¿Tú apruebas su conducta?

ABEL.—Tanto como aprobarla...

BONI.—Si acabaréis los dos agradeciéndomelo...

NINI.—¡No me queda más que ver! Tan idiota eres tú como él. ¡Vamos! Pierdo yo mi noche ayer—dejando en la calle aquí a Morfeo—y pensando en desquitarme hoy contigo, para que a la postre Boni me bese en tu casa, en tu presencia, y te quedes tan tranquilo... ¡Qué asco! La culpa la tengo yo por hacer caso a un intelectual. ¡Qué tropa ésta!

ABEL.—Niní, pon tiento en tus palabras...

NINI.—(*Muy resuelta.*) ¡Que os zurzan! (*Nini inicia el mutis, pero ya en el dintel de la puerta se detiene para decir sus últimas*

palabras.) ¡Ah!, Boni, y muy agradecida por el beso... Realmente, yo no imaginaba que fueses un hombre tan ardiente... Y a ti... (*Por Abel.*) ¡A ti ya te cogeré en mi terreno! (*Y hace mutis rapidísima.*)

ABEL.—¡Boni, anda tras ella! Yo creo que está en el clásico cuarto de hora...

BONI.—Me voy, sí; pero es a ver si me devuelve la llave...

(*Abel se queda en el quicio de la puerta por donde salieron Nini y Boni contemplando la huída de sus amigos.*)

ABEL.—¡Vayan benditos de Dios! Creí que éstos tampoco se iban... Bástase que uno tenga el propósito de estar solo para que la impertinencia de unos amigos... salga al paso de nuestro deseo.

RAMON.—(*Entrando por el foro.*) Señorito... Ahí está el señor San Martín. Quiere ver al señor urgentemente.

ABEL.—¡Vaya! ¡Otro que tal baila! Dile que pase; pero que pase en seguida.

(*Aun no ha acabado Abel sus palabras cuando entra SAN MARTIN, jadeante y al parecer muy preocupado. Ramón deja paso al recién llegado y hace mutis.*)

MARTIN.—¡Querido Abel!

ABEL.—Hombre, me alegro verte. Tu familia anda loca buscándote. Tu suegro ha venido, el pobre, muerto de intranquilidad...

MARTIN.—¡Pues, por Dios, no le digas que me has visto!

ABEL.—¡Ah! ¿Entonces son ciertas sus sospechas?

MARTIN.—¿Qué sospechas?

ABEL.—Las de que tienes un lío...

MARTIN.—¡Tú eres el casto José a mi lado!...

ABEL.—¿Te has vuelto loco?

MARTIN.—Más me hubiera valido.

ABEL.—Pero, bueno; ¿qué es ello?

MARTIN.—Abel... (*Después de una breve transición.*) ¿Tienes a mano un poco de coñac?

ABEL.—Sí, hombre. Toma y bebe. (*Abel saca de un mueble una botella de coñac, echa una copa a Martín, que éste bebe de un tirón.*) Y habla, que me tienes en ascuas.

(*Martín quiere hablar, pero no puede, quizá por la emoción de que viene poseído, o por el "latigazo" de coñac, que le ha dejado las fauces en carne viva. Por fin, tras una breve pausa, habla.*)

MARTIN.—Abel..., a ti vengo como a un confesor... Escúchame y absuélveme.

ABEL.—Bueno. ¿Pero qué es ello?

MARTIN.—Tú eres la única persona que puedes comprenderme. Nadie como tú es capaz de hacerse cargo de cómo se puede estar enamorado de dos mujeres al mismo tiempo.

ABEL.—Sin preámbulos. ¡Al grano!

MARTIN.—No; si te lo diré todo. Porque tú eres el único que puedes librarme del escándalo, de la catástrofe..., de la... cárcel.

ABEL.—¿De la cárcel?... ¿Has matado a alguien?

MARTIN.—No he llegado a ese "tercio" todavía..., pero todo se andará...

ABEL.—¡Por los clavos de Cristo, Martín, explícate!...

MARTIN.—A eso voy. Hace tres meses, y yendo un día a Valladolid a mis negocios de trigo, me encontré en el mismo vagón del "rápido" una mujer de una belleza imponderable. ¡Qué ojos! ¡Qué boca! ¡Qué cuerpo! ¡Qué sugestión la suya!

ABEL.—Bueno, sí. No detalles.

MARTIN.—Te juro que jamás mujer alguna me produjo una impresión semejante. Me quedé embobado. Ella lo debió notar y me miraba con sonrisa entre burlona y complacida. Se me secó la boca, los ojos me hacían chiribitas y sentía un reconcomio interior, ¿eh? Mira; llegó hasta a aflojárseme el chaleco...

ABEL.—¡Caray, acaba, que me estoy sugestionando!

MARTIN.—No había manera de entablar conversación con ella. Por lo menos, yo no encontraba un pretexto. Pero la Providencia me protegió: al levantarse para coger su pequeño saco de viaje, ¡zas!, cayó al suelo el monedero que llevaba sobre las piernas.

ABEL.—¿Y crees que eso fué obra de la Providencia? Martinillo, hijo; eso es un "truco" de la más vieja escuela.

MARTIN.—Te equivocas. Fué un hecho casual. Yo sé mucho de eso...

ABEL.—¡Ah! Bueno... Entonces...

MARTIN.—Pues bien. Con tan fútil pretexto comenzamos a hablar. Y chico, ¡qué cosa extraña!, desde el primer momento en aquella mujer vi la iniciación de una aventura, y en la aventura... ¡el suceso de mi vida!

ABEL.—Y desde aquel momento perdiste la cabeza.

MARTIN.—No perdí ni un momento la serenidad ni la reflexión. A tal punto que, ya ves, al presentarme a ella, recordando que soy casado, lo hice con otro nombre...

ABEL.—¡Miren el mosquito muerto! ¿Y qué nombre le diste?

MARTIN.—El tuyo.

ABEL.—¿Eh? ¿Pero qué dices? ¿La diste el nombre mío?

MARTIN.—¡Perdóname, Abel!... Pero tú sabes mejor que yo la sugestión que produce siempre un nombre prestigioso... Y el tuyo más que ninguno otro... ¡Abel Quiroga!... Ahí es nada. El gran novelista ídolo de las mujeres... El abogado de los divorcios... ¡No tienes idea del efecto que le produjo!

ABEL.—¿Y por qué no le diste el tuyo, prestigioso también en el comercio? ¿Por qué?

MARTIN.—Porque San Martín no quiere decir nada. ¡San Mar-

tín!... Le falta sonoridad, empaque, aristocraticismo. ¡San Martín!

ABEL.—Haberle dado el de San Martín... de Valdeiglesias, que suena a noble...

MARTIN.—Pues, mira; no se me ocurrió. Por otra parte, ¿cómo iba yo a imaginar las graves consecuencias que ha traído este amor mío con nombre supuesto?

ABEL.—¿Graves consecuencias?

MARTIN.—Sí. Yo me enamoré de ella, a qué negarlo, como un colegial, y ella de mí como una inocente paloma.

ABEL.—¡Mira qué bien!

MARTIN.—Las relaciones se fueron formalizando. Mis viajes a Valladolid se repetían con harta frecuencia...

ABEL.—¡Ah, vamos! Ya pareció el peine.

MARTIN.—¿Qué dices?

ABEL.—Nada. Sigue, sigue...

MARTIN.—Fuí presentado a los padres, unos riquísimos hacendados de Tierra de Campos; me presentaron a los abuelos, unos viejos simpatiquísimos; me presentaron...

ABEL.—Y siempre con mi nombre, ¿no?

MARTIN.—¡Naturalmente! ¿Querías que ella me hubiera presentado diciendo: "Mi novio, don Martín San Martín, casado y con una hija de cuatro años"?

ABEL.—También es verdad...

MARTIN.—Luego... El amor fué creciendo en nosotros. Sin darme cuenta me iba colando, colando, colando..., hasta que un día, sin darme cuenta también, pedí la mano de la chica...; es decir, la pediste tú...

ABEL.—¡No! ¡Yo, no!

MARTIN.—Bueno. Tú ya me entiendes.

ABEL.—¡Bien, Martín, bien! Como broma es una broma pesada y de mal gusto, ¿eh? Y, sobre todo, yo no hubiese creído de ti nunca...

MARTIN.—Pues falta lo más gordo.

ABEL.—(*Intranquilísimo.*) ¿Pero hay más aún?

MARTIN.—Sí... ¿Me permites que tome otra copa de coñac?

ABEL.—Bebe lo que quieras, pero acaba de una vez...

(*Martín, en vez de una, bebe dos, casi de un sorbo, y tras una breve pausa continúa.*)

MARTIN.—Bueno. Pues allá va. ¡Y sea lo que Dios quiera! Esta mañana, a las nueve y media, nos hemos casado civilmente en Valladolid.

ABEL.—¿Os habéis casado?

MARTIN.—Nos... hemos casado: ¡tú y yo!

ABEL.— Claro, sí. ¡Naturalmente! Te has casado tú; pero, en realidad, quien se ha casado es Abel Quiroga. ¡¡Qué espanto!!

¡Es para matarte! ¡¡Casado yo!! ¡Ah, no! Esta canallada no te la tolero.

MARTIN.—En medio de todo, el único perjudicado aquí soy yo.

ABEL.—¡Habrá cinismo! Tiene gracia. ¿Tú el perjudicado?

MARTIN.—Claro. Porque he adquirido para mí una mujer de la que, a fin de cuentas, tú eres el dueño.

ABEL.—Una adquisición que son tres delitos: estafa, usurpación de estado civil y bigamia.

MARTIN.—¡Bigamia, no! Porque yo, Martín San Martín, no tengo más mujer que mi Alberta. Esta, Celia, es tu mujer, aunque se haya casado conmigo.

ABEL.—¿Mi mujer? ¿Cómo va a ser mi mujer una señora a quien ni he pretendido, ni quiero, y que ni ella misma sabe que es mi mujer?

MARTIN.—¡Ya lo sabe todo!

ABEL.—Pero, ¿te has atrevido a confesárselo?

MARTIN.—Sí; todo.

ABEL.—¿Después de casado y una vez consumada la infamia?

MARTIN.—¡Alto ahí! Yo soy un caballero español. Apenas casados salimos en automóvil para Madrid. Hubo un momento en que los remordimientos me hicieron tomar una determinación. ¡Suicidarme! Y abrí una portezuela del coche para lanzarme a la carretera...

ABEL.—¿Y ella?

MARTIN.—Detuvo mi intento. Le confesé toda la verdad. Y la pobre—¡qué mujer tan admirable!—, haciéndose cargo de mi situación, la disculpó.

ABEL.—¡Caray!

MARTIN.—Y hasta me consoló. ¡Ya ves! Ella me consolaba en vez de yo a ella...

ABEL.—¿Que te consolaba tu mujer?; es decir, la mía...; o mejor dicho, la nuestra...

MARTIN.—Pues, sí señor. Y me convenció de que debía decirte toda la verdad y de que te razonase que debías aceptar el papel de marido a la fuerza—sin entrar en funciones, claro está—hasta tanto se tramitara su divorcio conmigo...; es decir, contigo...; bueno, con los dos... ¡Y aquí estoy esperando tu respuesta! Si es negativa me tiraré por el hueco de la escalera y abajo me recogerá ella en sus brazos...

ABEL.—¿Pero está abajo mi?... digo, tu mujer...

MARTIN.—Abajo está esperando tu resolución...

ABEL.—¡Pero Martín, por Dios! Cómo se te ha ocurrido dejar a esa pobre muchacha sola... Ve a buscarla en seguida... sé —aunque sólo sea una vez—perfecto caballero...

MARTIN.—Tú me perdonas, ¿verdad? Y me ayudarás a salir de este atolladero. ¡Defiéndeme de esta catástrofe!

ABEL.—Tu acción miserable merece que más que tu abogado fuese tu fiscal. ¡Has truncado mi vida de soltero! Me has imposibilitado para seguir viviendo mi vida... Pero esa pobre chica detiene mi propósito. A fin de cuentas, ¿qué culpa tiene esa infeliz enamorada de la villanía de un...?

MARTIN.—¡Déjame beber más coñac!

ABEL.—¡Bebe hasta reventar! Y haz que suba en seguida esa desdichada... No te tolero que hagas esperar más tiempo en el portal a mi mujer... Bueno, a la tuya... ¡Ya no sé lo que me digo!

MARTIN.—Voy, voy en seguida.

ABEL.—¡Anda, miserable! (*Martín hace mutis por la primera izquierda, corriendo. Hay una pausa larga. Después Abel toca el timbre. Sale RAMON por el foro.*) ¡A ver si pones un poco de orden en esta habitación! Está todo manga por hombro. Trae las flores que hay en mi alcoba... y las del comedor... Abre el balcón que se ventile esto... Hay un olor a tabaco que apesta... ¡Ah! Y perfuma todo con cualquier cosa... (*Mientras Ramón cumple una por una las órdenes de su amo, Abel entra por la segunda izquierda. Luego sale. Ha cambiado el batín por una americana de corte irreprochable. Se mira al espejo para arreglarse la corbata. Coge una flor de las que ha traído Ramón y se la pone en el ojal. Como parece que no está todo lo bien que él quisiera se la quita, la tira y elige otra. Ramón perfuma la habitación. Abel se vuelve a mirar al espejo. Suena el timbre de la puerta de la calle. Ramón hace mutis rapidísimo, porque por los preparativos se ha "olido" que la visita que llega debe ser muy del gusto de su señor. Entran CELIA y MARTIN. Hay un silencio embarazoso. Ninguno de los tres personajes se atreven a hablar. Por fin Martín rompe el hielo.*)

MARTIN.—(*Presentando.*) La señora de Quiroga... El señor... Quiroga...

ABEL.—(*A quien realmente le ha impresionado la presentación de Celia.*) Mucho gusto en ponerme a los pies de usted... Comprendo que esta escena le producirá la natural violencia...

CELIA.—Le ruego, señor Quiroga, perdone a mi marido... (*Le da la mano.*)

ABEL.—Cierto que la sugestiva belleza de usted y su simpatía justifican cuanto este desdichado... (*Y Abel no suelta la mano de Celia.*)

MARTIN.—(*Tirándole del brazo.*) ¡Caray, Abel! Que te vas a quedar con la mano de Celia.

ABEL.—¡Ah, es verdad! Perdóneme usted...

CELIA.—No faltaba más...

ABEL.—Viéndola comprendo ahora que su marido—¿se puede decir su marido?—Bueno, pues ¡su marido, haya perdido la cabeza...

CELIA.—Es usted muy galante... Claro, que no me extraña, ¿eh? Su fama es ya tan notoria... Quizá ella fuera una de las causas que me decidieron a dar este paso...

ABEL.—Ese paso...

MARTIN.—¡Aquí el único que está haciendo el "paso" soy yo!

CELIA.—¡Martín!

MARTIN.—¡Caray! Es que se han olvidado ustedes que soy el marido...

CELIA.—¡Sin ningún derecho!

ABEL.—Justamente. Sin ningún derecho.

MARTIN.—¡Celia es mi mujer!

ABEL.—¡Pero me he casado yo!

CELIA.—¡Vaya, basta! No quiero yo que mi marido de hecho y mi esposo de derecho lleguen a un desacuerdo... Como no sea conmigo. (*Ríe.*)

ABEL.—Perdone usted, señora. ¿Señora o señorita?... Porque la verdad, ¿eh?...

CELIA.—Llámeme usted Celia a secas, es más íntimo, más cordial...

ABEL.—Pues sea: Celia.

MARTIN.—Te prohibo esas familiaridades. ¡Celia es mi mujer!

ABEL.—Es la mía.

CELIA.—¿Otra vez? ¡Ea! No soy la mujer de ninguno de ustedes. Ni uno ni otro tienen derecho sobre mí... Después de la burla de que he sido objeto, sólo me conforta un poco la bondad de San Martín y creer que usted es un perfecto caballero...

ABEL.—Puede usted asegurarlo.

MARTIN.—Es que yo...

CELIA.—Usted se calla ahora...

ABEL.—Eso. ¡Tú te callas! (*Pausa.*)

CELIA.—Y a usted, señor Quiroga...

ABEL.—Llámeme usted Abel...

CELIA.—Por qué no: Abel...

MARTIN.—Me opongo también a esa familiaridad.

CELIA.—No le haga usted caso... Pues bien, Abel; a su caballerosidad fío un ruego: que mañana mismo se inicie la tramitación de mi divorcio con San Martín...; bueno, con usted...

ABEL.—¡De ningún modo!

MARTIN.—¿Es que vas a negarte?

CELIA.—Comprenda usted que mi situación es insostenible...

ABEL.—Y reconozca usted que mi voz también debe ser oída en este pleito, ¿no?

CELIA.—Desde luego.

MARTIN.—Es que...

ABEL.—Déjenme hablar. Yo he sido el más encarnizado enemigo del matrimonio... Juré—todavía se puede decir juré—no casarme jamás. Pero por suerte o por desgracia el azar me ha puesto enfrente a este incidente que cambia mi modo de ver las cosas... Quiera o no, Abel Quiroga está casado desde esta mañana; y no me pertenece, por cima de la desdicha que puede suponer para Celia el equívoco de esta boda, echar sobre mí el escándalo de un divorcio. Hasta hoy nadie sabe en Madrid que me he casado. ¿Cómo, pues, voy a pedir el divorcio? ¿Qué se diría de mí? Estas cosas así no pueden hacerse. Usted y yo quedamos en situación falsa...

CELIA.—Más que en la que estamos, imposible.

ABEL.—Creo—y esto lo someto a la consideración de usted—que debíamos estar por lo menos una semana casados...

CELIA.—¿Vivir yo aquí ocho días?

MARTIN.—¡Me opongo terminantemente!

ABEL.—A ti te vendrá muy ancho aceptar lo que dispongamos. ¡Pues no faltaba más! Es menester que la conozca a usted como mi mujer; que nos vean juntos en el teatro, en las reuniones, en el paseo. Que nos vean juntos a los dos...

MARTIN.—¿Y yo?

ABEL.—Tú te vas al pueblo con tu mujer y tu hija, que allí estás haciendo falta.

CELIA.—No. Eso no. Si yo me decidiese a aceptar la proposición, sería con la condición precisa de que Martín había de quedarse aquí...

ABEL.—¿Tanto le quiere usted?

CELIA.—Después del engaño miserable de que me ha hecho víctima, comprenderá usted que no debo estar loca por él, pero como testigo vigilante me es muy conveniente...

MARTIN.—Muchas gracias, Celia... ¿Qué amable, verdad?

CELIA.—Si ese papel le disgusta a usted me lo dice y...

MARTIN.—De ninguna manera. Yo acepto todo, todo..., menos dejarte sola con este conquistador sempiterno.

ABEL.—Y yo, encantado, paso por la imposición de que Martín sea nuestro vigilante.

CELIA.—Pues en ese caso, ¿dónde están mis maletas?

MARTIN.—Tus maletas... ¡Ah, sí!; las dejé abajo.

ABEL.—Eres idiota. Mira que dejar abajo el equipaje... Vete ahora mismo por él...

CELIA.—Eso. Vaya usted por mis maletas.

MARTIN.—¡Pero!... ¿Se van a quedar ustedes solos?

CELIA.—¡Naturalmente!

ABEL.—Este chico es tonto.

CELIA.—Cumpla usted al menos, ya que no como marido, como caballero galante.

MARTIN.—¡Y como chico de recados! ¡Sea! (*Y hace mutis corriendo. Celia y Abel se quedan solos. Hay una pausa larga que es como una interrogación en los dos. Ella va hacia un espejo al que se mira con endiablada coquetería. De su carterita saca una caja de polvos. Se los da en la cara. Con una barrita de carmín se tiñe los labios. Se quita el sombrero y se arregla el pelo. Se abre más el escote del traje y con las dos manos se ajusta suavemente la falda a las caderas, ciñéndola bien. Y, claro, sin querer, se la dibuja mejor el contorno... Es una coquetería muy al uso, pero que a Abel le saca un poco de tino... Abel ha seguido, a distancia, todos los movimientos de Celia. Ella, una vez terminada su pequeña "toilette", se sienta en una de las butacas. El se acerca un poco, pero siempre entre tímido y receloso.*)

CELIA.—¿No contaba usted con esta aventura, eh?

ABEL.—Le juro que no. Precisamente hace cuatro horas prometía yo solemnemente no casarme jamás. Y ya ve usted, quizá a esa misma hora me estaban uniendo a usted.

CELIA.—¡Es gracioso!

ABEL.—Regular de gracioso...

CELIA.—¿Qué dirá ahora esa persona a quien juró no casarse jamás? ¿Y qué dirán todas sus enamoradas? Esa serie interminable de mujeres a quienes trae usted al retortero. Realmente es usted un poco cruel...

ABEL.—¡Cruel, no!

CELIA.—Bueno, caprichoso.

ABEL.—Eso, quizás...

CELIA.—A fin de cuentas, el capricho tiene un matiz de crueldad.

ABEL.—Que yo procuro evitar.

CELIA.—¿Tiene usted buen corazón?

ABEL.—Tengo corazón. Nada más que eso.

CELIA.—Pues está usted perdido.

ABEL.—Eso creo yo. A pesar de mi fama...

CELIA.—¿Es usted un infeliz?...

ABEL.—¿Lo cree usted así?

CELIA.—Dios me libre. Yo pregunto, no lo afirmo...

ABEL.—No crea usted esa patraña. En mí es mucho más el ruido que las nueces...

CELIA.—¡Qué lástima!

ABEL.—¿El qué?

CELIA.—No, nada. Y vamos a dejar estos discreteos, que nos llevan por caminos distintos al que quiero seguir...

ABEL.—Yo voy por donde usted me lleve...

CELIA.—Vamos a verlo. Antes de nada, y sentado que acepto quedarme aquí los días necesarios para fundamentar sobre una base lógica nuestro divorcio, quiero de usted un favor preciso...

ABEL.—¡ Concedido !

CELIA.—Pues bien; es menester que durante los días que yo esté aquí siendo la esposa de Abel Quiroga no pongan los pies en esta casa ninguna dama, damisela o suripanta de las que tienen la costumbre de visitarle.

ABEL.—¡ Imposible !

CELIA.—Imposible, ¿por qué?

ABEL.—Porque precisamente ellas han de ser el testimonio de mi infidelidad y, por tanto, el fundamento de que usted pida el divorcio.

CELIA.—¡ Ah, no! De ninguna manera. ¿Quiere usted, a los ojos de la gente, hacerme pasar por una mujer tan sin atractivos?

ABEL.—No es eso...

CELIA.—¿Cómo si no va usted a justificar el que mi marido se haya cansado de mí a los ocho días? ¡ Pues sí que el papelito que me reserva es lucido !

ABEL.—Pues no hay otro motivo más lógico para el divorcio.

CELIA.—¡ Sí lo hay !

ABEL.—¿ Cuál ?

CELIA.—El verdadero. El de que como para la fecha que usted quiere llevaremos ocho días casados sin que haya habido entre nosotros verdadera unión...

ABEL.—¡ Caracoles ! ¡ Ahora soy yo el que protesta ! No, señora. Eso es imposible. ¡ Qué concepto iban a formar de mí ! Abel Quiroga ocho días casado con una mujer de los encantos de usted y nada... ¡ Ca, hombre ! Habría que oír los comentarios. ¡ Como para emigrar ! No, Celia; no. Yo tengo una reputación bien ganada. ¿Qué dirían las amigos? ¿Qué diría la opinión pública?

(*En este momento suena el timbre del teléfono. Celia sonríe y mira al teléfono.*)

CELIA.—¿Es esa la "opinión pública" que usted teme?

ABEL.—¿Qué supone usted?

(*Abel se dirige al teléfono, pero Celia se interpone y cogiendo el auricular dice.*)

CELIA.—¿Me permite usted?

ABEL.—Ya lo creo. Al fin de cuentas es usted la señora de la casa...

CELIA.—(*Hablando por el aparato.*) ¿Quién es?... ¿Cómo?... ¿Niní? (*A Abel.*) No me negará usted que tiene nombre de pe-

rra... (*Al aparato.*) Dígame, dígame lo que desea. Sí, sí... Está usted hablando con su señora... Sí, con la señora de Abel Quiroga. ¿Que no lo cree usted?... ¿Cómo?... ¿Que si soy yo la señorita Dora? No, no... La legítima esposa del novelista Abel Quiroga. No es broma, no. Esta mañana, a las nueve y media, nos hemos casado. No, la Prensa no dice nada; pero lo saben los amigos íntimos de mi marido, y eso basta. ¡Adiós, señora! ¡Muchas gracias!... (*Celia cuelga el auricular. A Abel.*) Lo que es ésta no vuelve a molestar a usted...

ABEL.—No tiene usted idea cuánto lo agradezco...

CELIA.—No sea usted farsante. La escena no le ha hecho maldita la gracia.

ABEL.—Se equivoca. Ha dicho usted con tanto aplomo y casi con emoción "Soy la legítima esposa de Abel Quiroga" que he creido vivir un momento de felicidad.

CELIA.—Le advierto que aunque no pretendo ser distinta a las demás mujeres no me parezco a las demás mujeres...

ABEL.—Es usted encantadora.

MARTIN.—(*Entrando con las maletas.*) ¡Aquí está esto!

ABEL.—Ea, pues ahora vamos a arreglarlo todo... (*Llama a un timbre y sale RAMON.*) Ramón, estas maletas, a mi cuarto. Son el equipaje de mi mujer.

MARTIN.—¡La mía!

CELIA.—(*Dando a Martín un soberano pellizco.*) ¡Calle usted idota!

MARTIN.—La mía...; digo que la mía no ha venido...

RAMON.—(*Aparte.*) ¿Qué nueva broma será ésta?

ABEL.—(*En voz baja.*) Pase usted por aquí...

(*Celia hace mutis, tras de Ramón, por la segunda izquierda. Cuando va a entrar Abel, Martín le detiene.*)

MARTIN.—Perdona. Yo soy quien debe pasar. Soy el marido.

ABEL.—El esposo de esta señora es Abel Quiroga, y a Abel Quiroga no se le pone por delante ningún trasto. (*Y dando un empellón a Martín entra por la segunda izquierda. Martín le sigue. Entra por el foro BONI. Viene más dormido que antes.*)

BONI.—Y decía Abel que Niní estaba en el cuarto de hora. ¡Menudo cuarto de hora! Ni me ha dejado entrar en casa ni me ha dado la llave... Bueno, pues de ahora no pasa. Yo duermo aquí, aunque sea en la carbonera. Me figuro que Abel habrá salido. (*Al ir a hacer mutis por la segunda izquierda se da de manos a boca con RAMON, que sale.*)

RAMON.—¿Dónde va el señorito?

BONI.—A acostarme en la cama de don Abel.

RAMON.—No pase usted. Allí están el señor, su mujer y otro señorito.

BONI.—¿Su mujer?

RAMON.—Sí, señor. Porque resulta que, aunque aquí no sabíamos nada, don Abel se ha casado esta mañana.

BONI.—Bueno; anda y que te zurzan.

RAMON.—Créame el señorito. Don Abel se ha casado esta mañana con una señora que se ha casado con otro...

BONI.—Ramón, no te tolero que me tomes el pelo.

RAMON.—Como usted lo oye. Y ahora están allí disputando sobre quién es el novio...

BONI.—Bueno. Esto es la locura. Y yo, así, muy bebido, no le he notado a Abel esta mañana, ¿eh? Yo creo que estaba fresco.

NINI.—(*Entrando.*) ¡Fresco como una mañana de enero!

BONI.—¿Pero tú aquí otra vez? ¿Vienes a traerme la llave?

NINI.—Esta llave no la daré hasta que me digas la verdad.

BONI.—¿La verdad de qué?

NINI.—Oye. ¿Es cierto que Abel se ha casado?

BONI.—Eso me estaba diciendo Ramón... (*Ramón, para evitar otro lío, se escurre sin ser visto.*) Pero yo creo que os habéis vuelto locos o que yo, sin darme cuenta, he cogido una borrachera...

NINI.—¡Dime la verdad o te ahogo!

BONI.—Pero ven acá, mujer. ¿Cómo puedes creer semejante desatino?

NINI.—Me lo ha dicho su propia mujer, por teléfono, hace cinco minutos.

BONI.—¡Bah! Eso se dice siempre. Tú misma ¡cuántas veces no lo habrás dicho!

NINI.—No. Ahora es verdad. Esa mujer que habló conmigo es su mujer. ¡Seguro!

BONI.—¡Te digo que no!

NINI.—Mira, Boni, no me contraríes. Estoy en ascuas y soy capaz de cualquier cosa... ¡Engañarme a mí! ¡Maldito sea su corazón! ¡¡Casado!! ¡Ay!... ¡Ay! (*Y Niní se desmaya en los brazos de Boni.*)

BONI.—¡Niní!... ¡Pero, Niní!

MENENDEZ.—(*Que entra tan engreído como siempre.*) ¿Se puede?

BONI.—¡Atiza! El de Pinares del Valle.

MENENDEZ.—¿Pero qué ocurre? (*Al reparar en Niní.*) ¡Ah! La mujer que he seguido esta mañana...

BONI.—¿Qué dice usted?

MENENDEZ.—¡Pero está privada! ¿Qué hacemos con ella?

BONI.—Usted haga lo que quiera. ¡Yo voy a ver si descabezo un sueñecito. (*Y Boni se mete de nuevo en el arca, mientras Menéndez lleva suavemente a Niní a la chaslón. Y cae el*)

TELON

ACTO SEGUNDO

Dormitorio lujoso y moderno. Al fondo una gran cama y a cada uno de sus lados, a más de una mesita de noche, una puerta. En el primer término derecha una ventana con cortinaje. Delante de la ventana una otomana con varios cojines. En segundo término una puerta, y entre la ventana y la puerta un armario con la ropa que indica el diálogo. En el lado izquierdo dos puertas y entre ambas otro armario, también con ropa. Sobre el armario, un aparato de radio con altavoz. Convenientemente colocados, diversos bibelots, retratos de mujeres, etc. En el rincón de la derecha un gran jarrón colocado sobre un pedestal. Algún mueble más, todo de buen gusto.

(*Al levantarse el telón entra CELIA por la primera izquierda y habla dirigiéndose hacia adentro.*)

CELIA.—No se preocupen ustedes por mí. Tengan la seguridad de que dormiré perfectamente. (*Escuchando.*) ¡Qué disparate! Yo pasaré muy bien la noche sin ninguno... Como no la pasaría es si les dejase entrar... ¡Pero ca! Basta de diálogos inútiles... Ya hablaremos mañana. ¿Un beso? ¡Por qué no! Ahí va, uno, dos, tres... (*Tira unos besos a través de la puerta entreabierta y la cierra luego. Seguidamente se dedica a examinar la habitación.*) Realmente este dormitorio es magnífico. Buen gusto, confort, cama espléndida. Se ve que Abel es un soltero que no debe acostarse nunca solo. Si no, ¿a qué esta holgura? ¡Las mujeres que habrán desfilado por aquí!... Por esta cama donde voy a pasar mi noche de

boda..., ¡ay!..., sin marido... ¡Sin marido... teniendo dos! Bueno, uno... Porque aunque son dos, es sólo uno el que se ha casado conmigo: Martín. Y claro que, aunque se ha casado Martín, mi verdadero marido es Abel... ¡Abel!... Cómo suena en mis oídos este nombre..., y más que el nombre las cosas que me ha dicho. ¿Será verdad tanta belleza?... ¿Por demasiado habilidosa caeré en la tontería? Pero no, no. "Qui va piano, va sano e va lontano". Calma, Celia. ¿Qué habrá por aquí? (*Abre la puerta del lado izquierdo de la cama.*) Ah, magnífico. El cuarto de baño. Así como así me está haciendo falta un bañito antes de meterme en la cama para que los nervios bajen de punto... (*Celia se fija en un gran aparato de radio que hay en la alcoba.*) ¡Caramba, un aparato de radio! Es magnífico. A ver cómo funciona... (*Le pone en marcha.*) En fin, a falta de las caricias de un marido, me confortaré con los arruyos melodiosos de la música... (*Celia se queda un momento pensativa como reflexionando dónde encontrar algo que le falta. Seguidamente se pone a registrar en los cajones del armario. Saca una camisa de caballero, unos calzoncillos y varias prendas más, que vuelve a guardar. Al fin encuentra una gran sábana de baño y su cara de satisfacción denota que justamente era eso lo que buscaba. Y hace mutis por la puerta del cuarto de baño. Todo esto lo hace Celia siguiendo el compás de la alegre melodía que deja oír la radio.*)

(*Por la segunda derecha sale medio dormido, como siempre, BONI.*)

BONI.—¡Ea! No hago más el indio. Como broma, ya es demasiada broma. ¡Como abuso de confianza, ya está bien! Y como sueño, ¡¡ya es demasiado sueño, caray!! Aquí me meto. Y pese a las once mil y pico de vírgenes aquí duermo yo hasta hincharme. Sé que a Abel no le va a hacer maldita la gracia, porque esta cama la reserva él para las grandes solemnidades, pero menos gracia me ha hecho a mí el númerito de hoy. (*Boni, automáticamente se ha ido acompasando al ritmo melódico de la radio. De pronto se da cuenta.*) ¡Caray! Pero si bailo solo. ¡Ah! Claro..., está puesta la radio. ¡Mejor! Con este arrullo duermo yo hasta el sábado de gloria... (*Boni, siempre moviéndose al compás del charlestón de la radio, se acerca a la cama. La palpa amorosamente, pone los ojos en blanco y se relame de gusto pensando cómo y cuánto va a dormir. Se quita la americana y hace mutis con la americana al hombro por la puerta del foro derecha y siempre al compás de la música.*)

CELIA.—(*Por el foro izquierda y con la sábana de baño puesta.*) ¿No habrá un pijama por aquí? (*Se dirige hacia el armario sin dejar de llevar el compás del baile lo mismo en esta que en todas las salidas que hace. Juego que también repite Boni. Celia registra el armario y encuentra por fin un pijama, con el que hace mutis sin desdoblarle.*)

BONI.—(*Entra por el foro derecha en camisa y calzoncillos cortos, lleva el sombrero puesto.*) Si encontrase un pijama era mi felicidad. (*Registra el armario de la derecha y va sacando prendas de señora; una combinación con lazitos y todo, una braga, un sostén... Finalmente saca un pijama con el que hace mutis sin desdoblarle.*)

CELIA.—(*Por el foro izquierda con el pijama al brazo.*) ¡Si es de hombre! (*Lo tira sobre la cama. Vuelve al armario de la izquierda y como no encuentra nada de su gusto se dirige al de la derecha. Registra y saca un albornoz con el que hace mutis.*)

BONI.—(*Por el foro derecha con el pijama al brazo.*) Pues no me he llevado un pijama de señora... (*Da con él dos verónicas y lo deja en el suelo. A continuación registra de nuevo el armario y al no encontrar nada a su gusto se dirige hacia la primera izquierda.*) Quizá haya algo por aquí... (*Mutis.*)

CELIA.—(*Por el foro izquierda en camisa.*) Cualquiera se pone este albornoz tan horrible. Prefiero dormir en combinación. (*Fijándose en el pijama que hay en el suelo.*) ¡Calla, pero si este es precioso! ¡Lo habré dejado caer! (*Mutis.*)

BONI.—(*Por la segunda izquierda.*) Nada tampoco. (*Se dirige a la cama y ve el pijama.*) ¡Caracoles! Si estaré dormido que ni me he dado cuenta de que había aquí un pijama. (*Lo toma y hace mutis por el foro derecha.*)

CELIA.—(*Por el foro izquierda con el pijama puesto.*) Ajajá, ahora a dormir... (*Para el aparato de la radio.*) Basta de música. Qué noche de boda más original. Tengo un desasosiego en el corazón... Y noto como un vacío... Claro, como que lo que me falta es el marido. En fin... ¡Ah, mi collar!... (*Al ir a sentarse en la cama se le rompe el collar y algunas perlas caen al suelo. Y rápidamente se agacha a buscarlas.*)

BONI.—(*Por el foro derecha con el pijama puesto. Entra marcando el baile como las veces anteriores, pero cesa al darse cuenta que no hay música.*) ¡Ah! Se acabó la charanga. Mejor. Así dormiré más tranquilo. (*Se mete en la cama.*) Lo que siento es que con el sueño que traigo me voy a dormir sin acabar de saborear esta delicia... Hasta dentro de un par de días... (*Se tapa cubriéndose la cabeza.*)

CELIA.—(*Que ha terminado de recoger las perlas.*) No se ha perdido ni una. (*Las coloca dentro del cajón de la mesa de noche.*) Ahora a dormir y a soñar... ¡Ay!..., mis suspiros no encontrarán eco... (*Boni ronca y ella, aterrada, da un grito. Boni se incorpora sobresaltado.*) ¡¡Un hombre!! (*Celia, azoradísima, tira de la colcha de la cama y con ella se tapa. Boni se tapa cabeza y todo con la ropa de la cama y ambos comienzan a gritar desesperada-*

mente. Los gritos llegan al interior y se oyen las voces de ABEL y MARTIN que aporrean la puerta del primer término izquierda hasta hacer saltar la cerradura.)

ABEL.—(*Entrando seguido de Martín.*) Pero, ¿qué pasa?

MARTIN.—¿Qué es esto?

ABEL.—¡Ah!

MARTIN.—¡Ah!

ABEL.—¡Tu mujer nos engaña!

MARTIN.—¿Pero es la mía o la tuya?

CELIA.—(*A Boni.*) ¡Es usted un miserable! (*Mutis foro izquierda.*)

BONI.—Pero, señora, si cuando me acosté no había nadie en la alcoba... (*Se tira de la cama.*)

ABEL.—Boni, me debes una explicación. ¡Te he sorprendido con mi mujer!...

MARTIN.—¡Con la mía!

ABEL.—¡Caray! Bueno... Con la tuya que es la mía...

BONI.—Cuando se hayan ustedes puesto de acuerdo me avisan... Yo debo ser sonánbulo... (*Mutis foro derecha.*)

ABEL.—La culpa, bien mirado, la tengo yo...

MARTIN.—Sí, señor...

ABEL.—Porque haciendo valer mis derechos he debido acostarme con mi mujer para cumplir con los deberes naturales.

MARTIN.—¡Los deberes y los derechos son míos!

ABEL.—¡Míos!

MARTIN.—¡El que se ha casado soy yo!

ABEL.—¡Pero con mi nombre!

MARTIN.—El nombre no hace a la cosa.

ABEL.—Pero el nombre hace a los hechos; y los hechos de esa mujer van a mi cargo. Luego si de sus hechos y de sus cosas yo soy el responsable, aquí no hay más hechos ni más cosas que las mías, que soy su marido, aunque sea un marido que no se acuesta con su mujer y da lugar a que otro le birle la dama...

MARTIN.—¡Medita tus palabras! Bien claro está que lo de Bonifacio ha sido un error...

ABEL.—Desde luego...

MARTIN.—Mi mujer es incapaz de engañarte...

ABEL.—¡Pero si no es tu mujer!

MARTIN.—Pues si no es mi mujer, tampoco es la tuya...

CELIA.—(*Por el foro izquierda con el kimono puesto.*) Ni del uno ni del otro. Por un engaño me he casado con Martín, y en apariencia seré su esposa; pero en realidad no lo soy de ninguno de los dos...

ABEL.—Porque usted no quiere...

CELIA.—Me he propuesto no hablar de ese asunto hasta después de mi divorcio.

ABEL.—¿Y para qué esperar tanto? Queramos o no, estamos casados. Esto es evidente. Y no pareciéndonos mal el hecho ni a usted ni a mí, ¿por qué esperar nada para exteriorizar nuestro pensamiento?

CELIA.—¡Ah, no! A ese respecto no transijo. Estoy decidida a que el que sea mi marido llegue a mí por el imperativo de un amor verdadero y no en virtud de una farsa más o menos habilidosa...

ABEL.—Celia, es que yo...

CELIA.—Y además, ¿no es eso lo que pactamos hace unas horas?

ABEL.—Cierto; pero a despecho de cuanto hayamos convenido, está mi pasión...

MARTIN.—(*Entre indignado y burlón.*) Sí, pasión y muerte...

ABEL.—¡Te niego el derecho a opinar en esto!

MARTIN.—¡Y yo te prohibo que hagas el amor a mi... mujer!

CELIA.—Realmente... tiene razón mi marido... (*Y Celia ríe estrepitosamente.*)

ABEL.—¡Bueno! ¡Esto es desesperante!

CELIA.—Todo lo desesperante que usted quiera; pero aún lo es más esta continua querella que acabará poniéndome los nervios de punta... Y vamos a ver si de una vez se produce usted... (*A Abel*) como un hombre de palabra...

MARTIN.—¡Eso es!

CELIA.—Y usted... (*A Martín.*) Como un marido de cuerpo entero...

MARTIN.—¿Qué hay que hacer?

CELIA.—Lo primero ir a avisar al criado para que nos dé algo de comer. Veo que no es posible dormir en esta casa. Me han ahuyentando ustedes el sueño, y, si no les molesta, creo lo más conveniente terminar esta velada cenando en amor y compañía de mis dos maridos...

ABEL.—¡Soberbio! (*A Martín.*) Avisa...

CELIA.—Pero volando...

MARTIN.—¡Volando! (*Aparte.*) (Pues señor, más que marido aquí estoy haciendo de "botones".) (*Mutis.*)

CELIA.—Otra vez solos, ¿eh?

ABEL.—Es nuestro destino...

CELIA.—¿Usted cree?

ABEL.—Estoy seguro. Hay una fuerza irresistible que nos atrae el uno al otro. Sólo que yo soy franco y lo confieso lealmente, mientras usted se resiste a dejarse llevar de sus sentimientos...

CELIA.—No le creí a usted tan vanidoso...

ABEL.—No es vanidad, es que estoy seguro de que en esto ha puesto su mano la Providencia...

CELIA.—¡Huy, la Providencia! ¿Usted cree que la Providencia interviene en estos bajos romanticismos tan pueriles?

ABEL.—No es romanticismo, Celia, no. Me siento dominado por un amor...

CELIA.—Como todos los amores de usted...

ABEL.—¡Distinto!

CELIA.—¿Porque es el último?

ABEL.—¡Porque es el primero!

CELIA.—¡Jesús!

ABEL.—¡Se lo juro a usted!

CELIA.—¿Sin temor a que le desmientan?

ABEL.—¿Quién va a desmentirme? (*Celia coge de un brazo a Abel, le lleva ante uno de los muchos retratos que hay colocados sobre los muebles.*)

CELIA.—Por ejemplo, ésta.

ABEL.—¡Bah! ¡Qué tontería!

CELIA.—(*Cogiendo otro retrato.*) O esta otra de los ojos lánguidos...

ABEL.—¡Agua pasada!

CELIA.—¡Como lo sería yo luego!

ABEL.—¡¡Celia!!

CELIA.—No ponga usted esa cara tan rara que me va a hacer reír, ahora que me estaba poniendo seria...

ABEL.—Eso quiero yo. Que se ponga seria; que me escuche seriamente y que me crea. ¿Qué haría yo para que usted me creyera?

CELIA.—Ante estos testimonios es cosa difícil...

ABEL.—¡Testimonios falsos!

CELIA.—Si pudieran hablar, ¿eh?

ABEL.—Haría con ellos lo que voy a hacer ahora... (*Toca un timbre y sale RAMON.*)

RAMON.—¿Llamaba el señor?

ABEL.—Sí, ¿tienes fuego?

RAMON.—Ya sabe el señor que no fumo...

ABEL.—Digo en la cocina, idiota...

RAMON.—¡Ah, en la cocina, sí!...

ABEL.—Pues entonces, toma... (*Abel va recogiendo uno a uno los retratos de sus pasados amores y se los va dando a Ramón. Uno de los retratos lo guarda cuidadosamente en un bolsillo.*)

RAMON.—¿Qué hago con esto?

ABEL.—¡Quemarlos!

CELIA.—(*Irónica.*) ¡Eran todo fuego!

ABEL.—¡¡Pues al fuego!!

RAMON.—¿Todos?

ABEL.—¡Todos!

CELIA.—(*Sacando del bolsillo de Abel el retrato que se guardó.*) ¿Este también?

ABEL.—¡También!

(*Ramón inicia el mutis.*)

CELIA.—Espere usted, Ramón... Iré a ayudarle en la triste faena... (*Hace mutis con Ramón.*)

ABEL.—(*Creyéndose triunfante.*) ¡¡Ya eres mía!!

BONI.—(*Asomando la cabeza por la puerta del foro derecha.*) Qué, ¿estáis ya de acuerdo? ¿Se sabe de quién es la señora?

ABEL.—¿De quién va a ser? Mía. Nos hemos casado esta mañana...

BONI.—(*Avanzando.*) ¿Qué dices?

ABEL.—Que nos hemos casado esta mañana. Tú, como siempre estás dormido, no te enteras de nada...

BONI.—Bueno; basta de bromas...

ABEL.—Te estoy hablando en serio. Por razones que no son del caso, hemos contraído matrimonio en secreto, pero ya no hay por qué ocultarlo.

BONI.—Pues si es así que sea enhorabuena y disculpa el extraño encuentro de antes..., pero te aseguro que soy inocente...

ABEL.—Lo sé, Boni...

BONI.—Y que no me propasé en lo más mínimo...

ABEL.—Bien, hombre.

BONI.—Es que ni un ligero tanteo...

ABEL.—No te esfuerces...

BONI.—Quisiera ofrecer mis excusas a tu mujer...

ABEL.—Pues ahí la tienes...

BONI.—(*Dirigiéndose hacia la segunda izquierda.*) Bueno; ya me enteraré bien de este lío... cuando me despierte... (*Mutis.*)

ABEL.—¡Y cuidado con lo que haces, que ahora ya estás enterado de todo!...

ALBERTA.—(*Entra por la primera izquierda, un poco agitada. Viste traje de viaje y trae un pequeño maletín.*) Buenas noches, Abel.

ABEL.—¡Alberta! ¿Usted aquí?

ALBERTA.—Disculpe mi atrevimiento por venir a importunarle a estas horas, pero el asunto es urgente y he tomado el primer tren.

ABEL.—Usted no importuna nunca...

ALBERTA.—Muchas gracias. Por esa consideración me he permitido entrar a buscarle sin esperar a que el criado le anunciase mi

visita. Por cierto que me ha extrañado muchísimo encontrarle levantado.

ABEL.—¿Hubiera usted preferido encontrarme en la cama?

ALBERTA.—¡Abel!

ABEL.—Perdone, señora. No sé lo que digo. Y es que esta noche han ocurrido en esta casa algunos incidentes que no nos han permitido aún acostarnos...

ALBERTA.—Ya. Pues yo vengo sin que nadie sepa nada de mi viaje.

ABEL.—¡Caramba!

ALBERTA.—Me interesa saber si está aquí mi marido...

ABEL.—¡Martín!... (*Aparte.*) (¡Qué compromiso!) Pues, no... Hace muchos días que no le veo...

ALBERTA.—Lo mismo me ocurre a mí...

ABEL.—¿Es posible?

ALBERTA.—No, no se alarme... Ya estoy curada de espanto...

ABEL.—Menos mal....

ALBERTA.—Tiene muchos negocios y pasa muchas temporadas fuera de casa. Pero esta noche... me he puesto terriblemente nerviosa... y he dado en pensar cosas tan extrañas..., que no he podido contenerme y en el primer tren a Madrid, a disipar mis sospechas y a calmar mis nervios...

ABEL.—Pero, Alberta, ¿cree usted a Martín capaz?

ALBERTA.—No. Si casi estoy avergonzada de mí misma. Pero no lo puedo remediar, quiero convencerme de lo infundado de mi recelo; ¿y dice usted que no le ha visto?

ABEL.—No, señora...

ALBERTA.—Pues iré a preguntar a casa del doctor Artigas, que también es un gran amigo suyo. Allí me darán noticias seguramente.

ABEL.—Es posible... Pero tranquilícese.

ALBERTA.—No; si estoy tranquila. Si esto es una bobada mía. Martín es incapaz de engañarme. Lo veo clarísimo.

ABEL.—(*Aparte.*) (Dios te conserve la vista...)

ALBERTA.—Así que usted perdone...

ABEL.—¿Se va usted tan pronto?

ALBERTA.—¿Pues qué quiere usted que haga?

ABEL.—¡Claro! Es verdad..., ¡qué tontería!

ALBERTA.—Porque me figuro que no querría usted que me quedase aquí...

ABEL.—Para mí sería un placer...

ALBERTA.—¡Qué valor! (*Pausa.*) En seguida iba a quedarme yo en compañía de un soltero tan peligroso como usted...

ABEL.—No haga usted caso de leyendas... Yo soy un hombre

como los demás hombres... Lo que pasa es que a presencia de una mujer bella como usted... (*Se acerca insinuante.*)

ALBERTA.—(*Parándole.*) Gracias por la flor; pero no se moleste. Por esta vía... ¡se prohibe el paso!... (*Hace mutis por la primera izquierda.*)

MARTIN.—(*Por la segunda derecha.*) ¡Ea!, ya está todo listo...

ABEL.—Tú sí que estás listo. Ha venido tu mujer.

MARTIN.—¿Qué Alberta está aquí?

ABEL.—¡Aquí! Vamos, aquí no, porque acaba de ir en tu busca a casa del doctor Artigas...

MARTIN.—¡Atiza! Pues me voy yo también para allá antes de que se complique el asunto...

CELIA.—(*Por la segunda derecha.*) Cuando ustedes gusten, esposos míos...

ABEL.—Pero, ¿a quién da usted la preferencia?

CELIA.—Por ahora..., a los dos... (*Ofrece un brazo a cada uno. Y en el momento en que van a hacer mutis entra por la primera izquierda BONI. Hacen mutis Celia y Martín.*)

ABEL.—Te encomiendo una misión delicadísima, querido Boni...

BONI.—Pero, hombre, ¡que no he dormido!...

ABEL.—Mira la gravedad de mi situación; Niní acaba de avisarme por teléfono que se va a presentar de nuevo en esta casa...

BONI.—¡Ca! Se ha "enganchado" al suegro de Martín y se le van a tener que despegar con agua caliente...

ABEL.—No lo creas. Niní vuelve. Y es preciso, necesario, imprescindible, que la eches. No quiero verla más, ni a ella, ni a ninguna de las mujeres que frecuentan esta casa.

BONI.—¿Te vas a hacer cartujo?

ABEL.—¡Sin bromas! En mí se acabaron los devaneos. Soy un hombre casado y sólo quiero dedicarme a mi mujer...

BONI.—Bueno, ¿pero quiéres decirme qué clase de broma es esta?

ABEL.—Nada de broma. Me he casado, mi mujer está ahí dentro, y quiero, te exijo, que prohibas a Niní...

BONI.—¡Pues sí que has cogido una trompa!...

ABEL.—¿Es que te niegas a hacer ese sacrificio por mí?

BONI.—Yo hago lo que tú quieras, pero, por la Virgen, ¡déjame dormir!

ABEL.—Ya dormirás mañana...

BONI.—Para mi sueño siempre es mañana...

ABEL.—Prometo procurarte un sueño de cuarenta y ocho horas... ¡Pero ahora, no! Hazte cargo de que eres el centinela de mi tranquilidad. ¡Centinela, alerta!

BONI.—Alerta está... (*Abel hace mutis riendo.*) Pero como Niní tarde diez minutos más, no respondo de mí..., ¡no respondo!...

(*NINI entra por la primera izquierda, hecha una furia.*)

NINI.—¡Buenas noches!

BONI.—¡No respondo!

NINI.—¡Como que eres un grosero!

BONI.—(*Aparte.*) (¡Arrea! Doña Juan la Loca.)

NINI.—¿Dónde está Abel?

BONI.—Se fué...

NINI.—¡Mentira!...

BONI.—Sí, hija; se fué con su mujer hace un momento...

NINI.—Ah, ¿pero es cierto que se ha casado?

BONI.—¿Es que lo dudabas?

NINI.—Claro que lo dudaba. ¿Cómo iba a imaginar que me hiciese esa canallada?

BONI.—Pues ahí tienes. Desde hoy se acabaron los trapicheos de nuestro amigo...

NINI.—¡Dile que salga!

BONI.—Ya te he dicho que no está...

NINI.—Pues como no salga armo un escándalo de los que hacen época... (*Y cogiendo un bibelot lo estampa contra el suelo.*)

BONI.—¿Pero qué haces, criatura?

NINI.—Iniciar el escándalo... (*Coge otro cacharro y lo estrella también.*) Te juro que le va a costar caro...

BONI.—Si sigues así, desde luego... (*Niní pretende echar mano a un gran jarrón, pero Boni se adelanta y lo coge él.*) ¡No, esto no!...

NINI.—¡No he de dejar títere con cabeza!

ABEL.—(*Entra por la segunda derecha.*) ¿Pero qué escándalo es este?

NINI.—(*A Boni.*) ¡Ves como estaba, idiota!

BONI.—Habrá vuelto volando...

NINI.—¡Aquí vamos a volar todos!

ABEL.—¿A qué viene ese tono? Y esas voces, ¿por qué?

NINI.—Vengo a que me expliques..., quiero que me digas...

ABEL.—Todo lo que quieras. Pero sin gritos, sin nerviosismos..., fuera de aquí..., anda, ven conmigo...

NINI.—¡Pero!...

ABEL.—Te he dicho que vengas... (*La coge del brazo y la lleva por la primera derecha.*)

BONI.—¡Este chico es un cubo! ¡Pues sí que me ha dejado en una situación con Niní como para pedirla la llave... en una corrida de beneficencia!

CELIA.—(*Entra por la segunda derecha. Y al ver a Boni con el jarrón en la mano le dice.*) ¿Qué hace usted con ese jarrón en los brazos?

BONI.—Iba a bajar por leche.

CELIA.—¿Usted? ¡Qué gracioso! (*Y al ver el desorden de la habitación y los cacharros rotos.*) Pero, ¿aquí qué ha ocurrido? Está esto como después de una batalla...

BONI.—Las cosas de Niní...

CELIA.—¿Quién es Niní?

BONI.—Bueno... Verá usted...

CELIA.—¿Algún lío de mi marido?

BONI.—De ninguna manera... ¡Aquí no hay líos nunca!... Abel no tiene líos; pero tiene un gato... ¡que es quien ha hecho este destrozo!

CELIA.—¿Un gato? Vamos, aquí hay "gato encerrado".

BONI.—Eso es, encerrado... Pero se escapó y vea usted cómo ha puesto esto... Es un gato monísimo... Verá usted que rabito, que hociquito... Ya le verá usted el pelo... (*Aparte.*) (A mí es a quien no me lo vuelves a ver...)

ABEL.—(*Sale por la primera izquierda y sin darse cuenta de que está Celia dice.*) ¡Por fin se fué!

CELIA.—¿Que se fué? ¿Quién?

ABEL.—¡Ah!, ¿pero estabas aquí?

BONI.—(*Aparte.*) (¡Para cuándo se habrán hecho los escotillones!)

CELIA.—Aquí estoy. Pero, dime; ¿quién se ha ido?

ABEL.—Ya te lo diré... Graciosísimo..., ¿verdad, Boni?...

(*Boni por detrás de Celia hace señas a Abel y se pone a imitar las posturas de los gatos.*)

CELIA.—Eso quiero, que me expliques con detalle, que me justifiques el por qué del destrozo...

(*Boni vuelve al juego de antes llegando hasta tumbarse en el suelo tripa arriba. Abel sigue sin entenderlo.*)

ABEL.—Si es sencillísimo, ¿verdad, tú?

CELIA.—Pues dime. Soy toda oídos...

ABEL.—(*Que no sabe por donde salir.*) El caso es que...

(*Boni viendo que Abel no logra entenderle, rompe por fin.*)

BONI.—No andes con rodeos. Celia sabe ya que toda la culpa ha sido de Niní... De Niní, esa gatita tan mona que te regalaron el año pasado...

ABEL.—(*Cayendo por fin en el embuste de su amigo.*) ¡Ah, sí!... ¡Claro!... No tienes idea lo revoltosa que es esa gata...

CELIA.—¿Pero es gata o gato?

ABEL.—Gata, ¿verdad?

BONI.—Gatísima...

CELIA.—Y claro, yo me lo creo todo, ¿no?

ABEL.—¿Eh?

BONI.—¿Cómo?

CELIA.—Que el cinismo de ustedes llega a creerme tan tonta, tan tonta, que...

ABEL.—¡No! Yo no quiero tener para ti un solo secreto... Te diré la verdad. Toda la verdad. Lo del gato fué una gatada de este estúpido....

BONI.—¡Ah! ¿De manera que encima?

ABEL.—Sí; fué una estupidez tuya. Yo para mi mujercita no tengo secretos... Quien se ha ido de aquí, fué una mujer... Una historia de mi antigua historia... El pasado que pasa para no volver...

CELIA.—Bien, bien. Ya sé lo que tengo que hacer. (*Inicia el mutis por el foro izquierda.*)

ABEL.—Pero, oye, Celia...

BONI.—Por mi parte le juro...

CELIA.—(*A Boni.*) ¡Usted a mayar, que es su obligación?... (*Celia hace mutis y tras ella Abel.*)

BONI.—Pues, señor, está visto que no doy una con ninguna... No sé cómo me las arreglo. Pero lo que sí sé es que ahora duermo, por encima de la cabeza del rey don Pedro... (*Va a hacer mutis y se da de manos a boca con ALBERTA.*)

ALBERTA.—Buenas noches...

BONI.—(*Aparte.*) (¡Pues ésta es la última que faltaba a la lista!)

ALBERTA.—¿No está por aquí el señor Quiroga?

BONI.—No, señora, no...

ALBERTA.—Es que el doctor Artigas me ha dicho que estaba aquí mi marido...

BONI.—¿Quién es su marido?

ALBERTA.—¡Martín San Martín!...

BONI.—¡Toma del frasco!... Pues tampoco está...

RAMON.—(*Por la primera izquierda.*) ¿No está por aquí mi señorito?

BONI.—No está. ¡Aquí no está nadie, caray!...

RAMON.—Es que don Máximo Menéndez quiere verle con urgencia...

ALBERTA.—¡Mi padre!

BONI.—¡Mi abuela! Pues esto se complica... Pues dígale que no está aquí don Abel, pero que aquí está su hija...

ALBERTA.—¡No, por Dios! No le diga usted que estoy.

BONI.—Bueno. Pues no le diga usted que está nadie...

ALBERTA.—¡Ay, amigo mío, escóndame usted!..., ¿dónde?

BONI.—Donde usted quiera. Aquí, por ejemplo (*Y Boni encierra a Alberta por la puerta del foro derecha.*) El padre..., la hija..., la mujer..., el marido..., el otro marido..., la otra mujer... ¡¡La locura!!

MENENDEZ.—(*Entrando precipitadamente por la primera izquierda.*) ¡Ah! ¿Es usted?

BONI.—Claro que sí...

MENENDEZ.—Me alegro encontrarlo solo. ¿Usted sabe donde está?

BONI.—¡No, señor!... Ni él, ni ella...

MENENDEZ.—¿Qué dice usted?

BONI.—Que no hay nadie... Que estoy solo.

MENENDEZ.—¿Pero aún no ha venido Niní?

BONI.—¡Anda salero! Yo creí que preguntaba usted por su hija...

MENENDEZ.—Mi hija estará ahora tranquilamente en su casita... A quien busco es a Niní. ¡Qué mujer!... Me trae loco hace dos años. Pero nunca logré de ella la menor concesión... Por fin, esta mañana... (*Boni se va durmiendo de pie.*) Digo, usted lo ha visto. Cedió a mis ruegos y nos fuimos de aquí a un pisito que tiene en la calle de Manuel Silvela, 106.

BONI.—(*Aparte.*) (¡Caray, el mío!)

MENENDEZ.—¿Qué dice usted?

BONI.—Nada, nada...

MENENDEZ.—Llegamos, abrió la puerta y cuando yo me disponía a entrar me dió con la puerta en las narices... Y abriendo la mirilla me dijo... "Tengo el capricho de veranear en el Plantío. Así, pues, si me alquilas un hotelito iré a estrenarlo contigo. Mientras tanto ni una palabra."

BONI.—(*Que sigue medio dormido.*) Y usted bajó a charlar con el sereno, ¿no?

MENENDEZ.—¿Cómo con el sereno? Eran las cuatro de la tarde... Yo salí presuroso. Alquilé el hotelito, y cuando fuí a buscar a Niní para darle la alegría, me encontré con que había huído..., ¡y aquí me tiene usted con la jaula y sin el canario!

BONI.—(*Dormido casi del todo.*) ¿El canario? ¿No conozco a ese cantaor de flamenco?

MENENDEZ.—¿Pero qué dice usted?... ¡Anda con Dios! Pues no se me ha dormido... ¡Eh!, don Boni..., don Boni...

BONI.—(*Despertando como de un letargo.*) ¡Hola! ¿Usted por aquí?

MENENDEZ.—¿Pero no se ha enterado de mi odisea?

BONI.—De casi toda.

MENENDEZ.—¿Y no sabe usted donde está Niní?

BONI.—A estas horas... Como no sea en el Bar Chicote...

MENENDEZ.—Voy en seguida... (*Medio mutis.*) ¡Ah!, y de esto ni una palabra...

BONI.—Descuide usted...

MENENDEZ.—Tengo una hija, un yerno y una nieta..., pero sobre todo mi hija, ¿eh? Si se entera habrá que oírla...

BONI.—Ese número me está reservado a mí...

MENENDEZ.—¿Cómo?

BONI.—Que a mí me está reservado el guardar este secreto...

MENENDEZ.—¡Hasta la tumba!

BONI.—Del verbo tumbar, que es el que me obsesiona, sí, señor...

MENENDEZ.—Voy en busca de esa chiquilla. ¡Es que me tiene loco! (*Y hace mutis jubiloso.*)

BONI.—¡Adiós, muy buenas!...

ALBERTA.—(*Saliendo de su escondite.*) ¡Adiós, sinvergüenza!

BONI.—¡Ha oído usted!, ¿eh?

ALBERTA.—¡Todo! ¡Qué cinismo! ¿Cómo iba yo a pensar en mi padre un desahogo semejante?

BONI.—¡La vida es un asco!

ALBERTA.—¿Qué diría mi marido si se enterara?

BONI.—(*Aparte.*) (Y si tú te enteraras de lo tu marido...)

ALBERTA.—¡Ah! Pues lo del hotelito no será. ¿Hay un teléfono por aquí?

BONI.—En el despacho de Abel... Pero es preferible baje usted al de la portería... Es mucho mejor aparato... Sí, vaya usted al de la portería. (*Aparte.*) (Así dejará el campo libre...)

ALBERTA.—No, prefiero hablar por el del despacho. (*Alberta hace mutis.*)

BONI.—Pues, señor, llevo cerca de ocho horas en esta casa y aun no comprendo nada de lo que pasa aquí. Claro que como aun no he podido hablar tranquilamente con Abel...

DORA.—(*Dentro.*) ¡Dónde está ese infame! Abel, Abel... (*Y Dora irrumpe como una tromba.*)

BONI.—¡Mi anciano y respetable padre! ¡¡La rusa aquí!!

DORA.—¿Dónde está Abel?

BONI.—Ea, esto se acaba así... (*Y yendo hacia Dora la tapa la boca con un pañuelo y a empellones la lleva hasta la puerta del foro izquierda. Ella trata de defenderse.*)

BONI.—¡Como se resista le pierde usted para siempre! ¡Es la consigna que tengo! (*La encierra y echa la llave.*) ¡Ya está!... Y ahora la primera que llegue, va por el balcón...

ABEL.—(*Dentro.*) ¡Basta! He dicho que no tolero más tus ingerencias...

MARTIN.—(*Dentro.*) ¡Yo me llevo a mi mujer!

BONI.—¡¡Ya escampa!! (*Y Boni se echa otra vez en la cama y se tapa la cabeza con el edredón.*)

CELIA.—(*Saliendo.*) ¡Aquí la que no aguanta más soy yo! Ni mi honra ni mi dignidad ganan nada en esta casa... de tócame Roque...

ABEL.—Yo le juro, Celia...

CELIA. —Quedamos en que las de Niní eran las últimas faldas que

entraban aquí... Y luego he visto entrar a una mujer..., y después a otra... ¡Intolerable!

MARTIN.—¡Tiene razón mi mujer!

ABEL.—¡Es la mía!

CELIA.—Lo fuí, pero ya no lo soy... Anda, vámonos... (*Y cogiendo del brazo a Martín, se dispone a salir cuando de súbito entra ALBERTA.*)

ALBERTA.—(*A Martín.*) ¡Gracias a Dios que te encuentro!

MARTIN.—¡Mi mujer!

BONI.—(*Aparte y cayendo de la cama al suelo envuelto en el edredón.*) (¡¡Abrete tierra!!)

MARTIN.—(*A Alberta.*) Yo también te buscaba... para... darte una sorpresa... (*Presenta a Celia.*) Alberta, te presento a la mujer de nuestro amigo Abel Quiroga... (*A Celia.*) Mi... mujer...

ABEL.—¡Mi legítima mujer!

ALBERTA.—Pues tengo una doble satisfacción, primero por conocer a usted; y luego por saber que Abel Quiroga ha puesto fin a su vida de aventuras...

CELIA.—Eso ya lo veremos...

MENENDEZ.—(*Entra ciego de alegría. Y como entra ciego..., no ve a su hija ni a su yerno.*) ¡Ya encontré la felicidad!

CELIA.
ALBERTA } ¿Eh?
MARTIN.

ABEL.—¿Dónde?

MENENDEZ.—En el bar Chicote... (*Reparando en Alberta y Martín.*) ¡Ah!, ¿pero estáis aquí?

ALBERTA.—Sí..., y aprovecho el momento para presentarte a la legítima esposa de Abel Quiroga...

MENENDEZ.—(*Que no se da cuenta de lo que pasa y con gesto interrogante mira a todos.*) ¿Abel casado? ¡Caramba, qué bien!... Es el verdadero estado del hombre... A mí me gusta mucho que se case la gente... Y esto de Abel me alegra en extremo...

ALBERTA.—Me lo figuraba, papá... Y adelantándome a tus deseos invito a la nueva feliz pareja a pasar unos días en el hotelito que has alquilado en el Plantío...

MENENDEZ.—¡Ah! ¿Pero quién te ha dicho?... (*Aparte.*) (Ese ha sido el chismoso de don Boni...)

ALBERTA.—No hablemos más. Todos iremos a pasar ocho días a... tu hotel...

CELIA.—Aceptamos encantados, pero a condición de que vayamos todos, absolutamente todos...

ABEL.—¿Boni también?

CELIA.—Ese el p imero. Allí se le preparará una cama...

BONI.—(*Emocionado por el humanitario rasgo de Celia se levanta como por un resorte.*) ¡Gracias, señora!

MENENDEZ.—(*A Boni.*) ¡Usted y yo arreglaremos cuentas!

(*En este momento, Dora, que debe estar a un milímetro de la desesperación, golpea fuertemente la puerta del cuarto donde está encerrada.*)

ALBERTA.—¿Eh? ¿Qué ruido es ese?

CELIA.—Debe ser la gata..., ¿verdad, Boni?

BONI.—Sí, señora..., eso es..., la gata... Que si usted quiere nos la podemos llevar también...

CELIA.—¡No! Déjela usted ahí. El encierro tonifica los nervios. Y cuando nos vayamos, en un descuido la deja usted salir para siempre, ¿eh?

BONI.—Con una lata en el rabo...

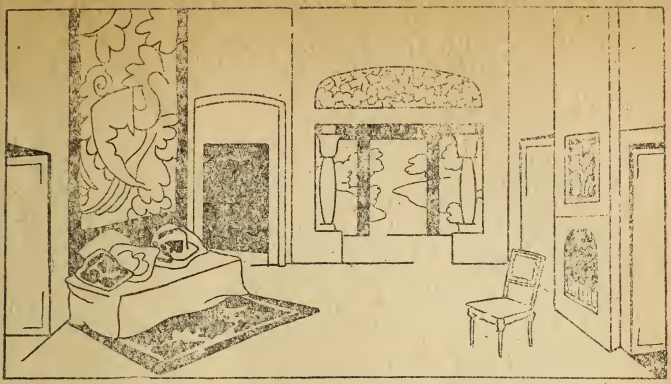
ABEL.—(*A Celia.*) ¿Esto significa, Celia, que me acepta usted?

CELIA.—En calidad de meritorio, sí... De lo otro... ¡Ya hablaremos en el Plantío!

(*Van saliendo todos por la primera izquierda. Boni, que queda el último, al verse solo, de un salto se tumba en la cama.*)

BONI.—¡Esta es la mía!

TELON



ACTO TERCERO

Sala irregular de un hotelito del Plantío, cerrada al fondo por una gran puerta o un arco sostenido por dos columnas, dejando ver más atrás una galería de cristales. Uno de los ventanales de la cristalera está abierto, dejando ver el jardín que va al fondo. Una puerta en cada chaflán del foro y dos puertas en cada uno de los laterales. Muebles de junco lujosos. En el lado izquierdo, una "chaise-longue" grande, también de junco, con varios cojines. Aparatos de luz. Es la caída de la tarde, y cuando se indique empieza a obscurecer.

(*Al levantarse el telón CIPRIANO aparece limpiando los muebles con un plumero. Es un tipo joven, mitad jardinero, mitad criado, socarrón y con regular pinta de bruto.*)

CIPRIANO.—Me parece que voy a marchar de primera con estos nuevos inquilinos. El, como es viejo, querrá que vigile a la señorita, pagará bien; y ella, como es joven, seguramente tendrá otro..., que también dará propinas. ¡Colosal! Y si no tuviera otro puede que aún fuera mejor... Porque como gustarme, me gusta todo lo que me da la gana... Y el señor es tan maduro, y ella tie cara de ser una ansiosa... Total, que por tos los laos salgo ganando... Ya está aquí... ¡Qué guapísima es! Bueno, es que hasta se me encandilan las plumas del plumero... (*Pasa a la galería limpiando. Por la segunda derecha sale NINI. Viste un kimono.*)

NINI.—Hay que ver cómo son los hombres. Ayer, con una impaciencia salvaje, me dijo que estuviese hoy aquí a las tres de la tar-

de. Y son las siete y no ha venido. ¿Qué habrá podido ocurrirle? No me lo explico...

CIPRIANO.—(*Desde el foro.*) Señorita.

NINI.—¿Qué? ¿Ha llegado el señor?

CIPRIANO.—No, señorita.

NINI.—Entonces, ¿qué quiere usted?

CIPRIANO.—Quiero pedirle un favor...

NINI.—¿A mí?... Diga, diga...

CIPRIANO.—Es respectivo al encargo que me hicieron ustedes ayer al venir a alquilar el hotel.

NINI.—¿Lo de la criada? ¿La ha encontrado usted?

CIPRIANO.—No, señora; ni la busco.

NINI.—¡Caramba!

CIPRIANO.—De eso quería hablarle, porque, mire usted; vamos, es que lo he estao pensando y, la verdad, aquí no hace falta ninguna criada.

NINI.—¿Qué dice usted?

CIPRIANO.—Sí; yo prefiero estar solo... A mí no me gustan las mujeres...

NINI.—(*Con intención.*) ¡Ah!... ¿Sí?

CIPRIANO.—¡Eh! ¡Eh!, que no es por ahí, señorita. Lo que digo es que no me gustan las domésticas; pero las señoras, y más si son guapas como usté..., ésas, ¡con avaricia!...

NINI.—¡Vaya con Cipriano!

CIPRIANO.—Sí, señorita. Uno que ha nacío delicao, y la verdad, por lo respective al servicio, yo me arreglaré mucho mejor solo.

NINI.—Es posible. Pero hay cosas que usted no las podrá hacer...

CIPRIANO.—Todas, créame usté. Yo soy de los que lo hacen todo.

NINI.—Calle usted, hombre. Si no es posible. A ver, cuando vaya a vestirme...

CIPRIANO.—Yo me encargo. Como si es al revés...

NINI.—¡Oiga usted, zopenco!... (*Se oye un timbre.*) Vaya..., vaya a abrir... Alguien llama en la cancela.

CIPRIANO.—De seguida... (*Aparte.*) (De seguida me se va a escapar a mí ésta...) (*Mutis foro izquierda.*)

NINI.—¡Caray con el paleto! Es un verdadero salvaje... Y lo peor es que... ¡es tan feo!...

(*Por el foro izquierda entra BONI disputando con CIPRIANO, que no le quiere dejar pasar.*)

CIPRIANO.—¡Le he dicho que no!

BONI.—¡Vaya usted a paseo! (*Le da un empujón y entra.*)

CIPRIANO.—Usted no es el señor...

BONI.—Es igual, soy de de la casa. Y ahora le represento...

NINI.—¡Pero, Boni!... ¿Tú? (*Contenta.*)

BONI.—El mismo; y por ti vengo...

CIPRIANO.—(*Aparte.*) (¿Quién será este tipo?)

BONI.—Hemos de hablar a solas y de prisa, porque me estoy durmiendo...

NINI.—¿Todavía? (*Riendo.*)

BONI.—¡Sí; no hay forma de que me dejen dormir!...

NINI.—Cipriano...

CIPRIANO.—Mande, señorita...

NINI.—Vaya a ver si está en el jardín.

CIPRIANO.—Si está, ¿quién?

NINI.—¡Quien sea!

CIPRIANO.—¡Ah, bien! ¿Y si no está?

NINI.—Pues no vuelva usted hasta que le encuentre.

CIPRIANO.—Está bien. (*Inicia el mutis y dice aparte.*) (Pues si éste es... el otro, ¡vaya gusto que tiene la señorita!...) (*Mutis foro izquierda.*)

NINI.—Tú dirás...

BONI.—No creas que vengo a recriminarte por tu comportamiento conmigo. Es algo más serio.

NINI.—Me intrigas...

BONI.—Con razón. Hazte cuenta de que en estos momentos ostento la suprema representación del señor Menéndez... y vengo a ocupar su puesto.

NINI.—¿Tú?

BONI.—Sí. Verás. Escúchame y agárrate, que te vas a caer de espaldas...

NINI.—¿Qué ocurre?

BONI.—¡Casi nada! La familia de Menéndez se ha enterado de que don Máximo alquiló este hotel para ti; y su hija, que tiene más conchas que un galápago, ha decidido venir aquí a pasar ocho días con su padre, con su marido, con Abel, con la mujer de Abel, conmigo, con... ¡el beato Pablo!

NINI.—¡Jesús me valga! ¿Y el viejo ha transigido con ese absurdo?

BONI.—¿Qué querías que hiciese? ¡Ante todo la paz del hogar!

NINI.—Bueno, ¿y qué? Acaba, que estoy en ascuas...

BONI.—Pues ya puedes figurártelo. Que el señor Menéndez me ha enviado por delante para rogarte que abandones esta casa en evitación de un disgusto mayúsculo para tu amor.

NINI.—¿Que me vaya yo?

BONI.—¡Claro!

NINI.—¡De ninguna manera!

BONI.—Mira que la complicación puede ser de arroba, y que en ella puede caer tu pensión mensual...

NINI.—Caiga lo que que caiga, ¡no me voy!

BONI.—Vamos, Niní; sé razonable...

NINI.—No me muevo de aquí...

BONI.—Pues me parece una locura. Porque no olvides que viene Abel y su mujer...

NINI.—Pues precisamente por eso me quedo...

BONI.—Mujer..., que sólo serán unos días...

NINI.—¡Ni uno, ni medio!

BONI.—El señor Menéndez te aumentará la mensualidad...

NINI.—¡He dicho que no!

BONI.—Después volveréis aquí solitos a pasar la luna de miel.

NINI.—¡No!

BONI.—¡Vete, Niní, te lo ruego!

NINI.—¡No, y no!

BONI.—¡Mira que le he dado mi palabra de que no estarías aquí cuando llegasen!

NINI.—(*Transición.*) ¿Tú has prometido eso?

BONI.—Y si no lo logro desaparezco del mapa.

NINI.—¡Basta! (*Pausa.*) ¡Cumplirás tu palabra! Cuando lleguen no encontrarán aquí más que a Cipriano, a ti... y a la Nicasia...

BONI.—¿Quién es la Nicasia?

NINI.—La doncella.

BONI.—¡Ah, ya! Gracias, Nini; eres una mujer de sentido...

NINI.—(*Acercándose a la galería y llamando.*) ¡Cipriano!

BONI.—¿Quieres que te ayude a hacer la maleta?

NINI.—No hace falta. (*Volviendo a llamar.*) ¡Cipriano!

BONI.—No contesta...

NINI.—¡Cipriano! (*Asomándose al jardín.*)

BONI.—¿Es sordo el angelito?

NINI.—Creo que no. ¡Cipriano!

BONI.—¡Cipriano! ¡Cipriano!!

CIPRIANO.—(*Dentro.*) ¡Va!

NINI.—¡Gracias a Dios!

CIPRIANO.—(*Por el foro izquierda.*) ¿Manda algo la señorita?

NINI.—¿Por qué no has venido en seguida?

CIPRIANO.—¡Pschs!... Pues que como estaba aquí el señor me pensé que tendrían faena pa más tiempo...

BONI.—¡Es un mastín!

NINI.—No le hagas caso. Bueno; escuche Cipriano: ¿Usted no tiene por ahí cerca alguna doncella amiga?

CIPRIANO.—No, señorita.

NINI.—¿Ni conoce ninguna?

CIPRIANO.—Sí, conocer sí que conozco...

NINI.—Pues es menester que vaya usted a la que tenga más confianza y la proponga, ahora mismo, que le alquile o le venda un uniforme...

BONI.—¿Eh?

CIPRIANO.—¿Un uniforme de doncella?

NINI.—Sí. Y tráigamelo en seguida.

CIPRIANO.—Para eso no tengo ni que salir de casa. La última doncella que tuvieron los señores de Salinas, los inquilinos anteriores de ustedes, se escapó con un chófer y se dejó aquí el baúl. Seguro que habrá allí lo que usted quiere...

NINI.—Pues vaya a buscarlo.

CIPRIANO.—Ahora mismo. (*Mutis foro derecha.*)

BONIFACIO,—¿Qué piensas hacer?

NINI.—Nada. La Nicasia... soy yo...

BONIFACIO.—¿Luego no te marchas?

NINI.—Voy a servirles de doncella...

BONIFACIO.—¡Jesús me valga! ¿Tú de doncella?

NINI.—¡Yo!

BONIFACIO.—¡Nini, que eso es imposible!

NINI.—¡Pues es a lo único que accedo!

BONIFACIO.—¡Pero si están a punto de llegar!... ¡Si no tendrás ni tiempo de vestirte!...

NINI.—No te preocupes...

BONIFACIO.—Además, que te conocerán en seguida.

NINI.—¿Quién?

BONIFACIO.—El primero, Abel...

NINI.—Ya callará por miedo al escándalo...

BONIFACIO.—Y el señor Menéndez.

NINI.—Por respeto a su hija también callará.

BONIFACIO.—Y la esposa de Abel...

NINI.—Esa no me conoce. Y a ella precisamente es a quien quiero amargar la noche.

BONIFACIO.—¡No seas cruel!... ¡Pobre muchacha! Considera que se ha casado ayer, y puedo asegurarte que aún no... Vamos, que no lo ha celebrado...

NINI.—(*Muy contenta.*) ¿No?

BONIFACIO.—No. ¡Y ya te harás cargo!

NINI.—¡Ya lo creo que me hago cargo! ¡Ah!... Pues aquí no duermen...

BONIFACIO.—(*Irónico.*) Con eso puede que les haga un favor, porque de lo que se dice dormir... no creo que tengan muchas ganas.

NINI.—¡He dicho que no... y no!

BONIFACIO.—Mujer, que si no duermen velarán...

NINI.—¡Ya lo veremos!

CIPRIANO.—(*Por el foro derecha, con un envoltorio de ropa que es un traje de doncella.*) Aquí está lo que he encontrado.

NINI.—Veamos.

CIPRIANO.—¿Es para usted?

NINI.—Sí.

CIPRIANO.—¿Quiere que la ayude a vestirse?

BONIFACIO.—(*Separándole.*) Vuélvete al jardín, galán, que ya estoy yo aquí...

NINI.—Vaya, vaya...

CIPRIANO.—(*Aparte.*) (Este tío y yo vamos a salir mal...) (*Mutis foro izquierda.*)

BONIFACIO.—¿Quieres que encienda la luz?

NINI.—Sí, que no veo... (*Examinando el traje.*)

BONIFACIO.—(*Buscando la llave de la luz.*) Ni yo tampoco... (*La encuentra.*) ¡Ah! (*Da luz.*)

(*Nini empieza a quitarse el vestido, hasta quedarse en combinación.*)

NINI.—Boni..., ¿pero no me ayudas?

BONIFACIO.—Ahora voy a echarte una mano. ¿Sabes que estás magnífica? ¡Como que me gustas más que antes! (*Se acerca a ella.*) ¡Bendito Dios, y qué panorama! ¡Esto está pidiendo!...

NINI.—¡La ropa...; la ropa es lo que está pidiendo!

(*Y Nini empuja de su lado a Bonifacio, que, por no caerse, se agarra a un brazo de ella.*)

BONIFACIO.—No me empujes porque yo, antes de caerme, me agarro a... donde sea.

NINI.—¡Formalidad!

BONIFACIO.—¡Y que no seas tú para mí!...

(*Boni coge el traje y se lo da a Nini.*)

NINI.—¡Quién sabe, hombre! ¡Pero ahora no te ocupes de eso y abróchame el vestido...

BONIFACIO.—(*Obedeciendo.*) Qué se le va a hacer...

NINI.—Y ves de prisa, que el tiempo apremia.

BONIFACIO.—Mujer, que no tengo tanta práctica...

NINI.—Acerca el delantal.

BONIFACIO.—En seguida.

NINI.—¿Sabrás ponérmelo?

BONIFACIO.—Ahora veremos. Sobre todo que los tirantes estén bien tirantes.

CIPRIANO.—(*Dentro.*) Pasen ustedes. Por aquí. Pasen ustedes...

BONIFACIO.—¡Ya están ahí!

NINI.—Bueno. Ya sabes la farsa, ¿eh? Después me presentarás. Y como me descubras... (*Coge la ropa que está sobre una silla y hace mutis por la segunda izquierda.*)

(*Entran todos por el foro izquierda: CELIA, ALBERTA, ABEL, MARTIN, MENENDEZ y CIPRIANO. Boni está en el lado derecho.*)

CELIA.—¡Es un hotelito precioso!

ALBERTA.—¡Magnífico!

ABEL.—Pasaremos ocho días deliciosos...

MENENDEZ.—De lo que no respondo es de que no sea esto algo húmedo...

MARTIN.—(*A Alberta.*) Me extraña que tu padre haya tenido tan buen gusto.

MENENDEZ.—Total para estar aquí unas horas...

ALBERTA.—¿Cómo unas horas? Unos días. ¡Muchos días! Porque esto parece delicioso.

MENENDEZ.—Como queráis. Pero muchas veces las apariencias engañan...

ALBERTA.—Si no engañasen más que las apariencias, ¿eh?

MARTIN.—El hotel es lindísimo.

MENENDEZ.—Pues qué te habías figurado... Yo soy hombre de buen gusto. Y sé hacer las cosas muy bien.

ALBERTA.—(*Aparte.*) (Pues lo que es esta vez...)

MENENDEZ.—(*Aparte a Bonifacio.*) (¿Y Nini?)

BONIFACIO.—Se marchó...

MENENDEZ.—(*Estrechándole la mano.*) ¡Gracias!

CIPRIANO.—(*Desde el fondo.*) ¿Los señores desean alguna cosa?

ALBERTA.—Tenga. Lleve esto a la cocina y que nos preparen con ello la cena... (*Le entrega un paquete grande que lleva Martín y otro más pequeño que trae ella.*)

CIPRIANO.—Yo mismo la haré, porque cocinera no tenemos.

MENENDEZ.—¡Ah, si! Que no he advertido a ustedes; Cipriano es el único servidor de la casa.

CIPRIANO.—Ahora, no, señor...

BONIFACIO.—Está también Nicasia, la doncella, que he traído yo.

MENENDEZ.—(*A Cipriano.*) Pero, ¿no decías que no querías mujeres?

CIPRIANO.—Es que la Nicasia no es una mujer.

TODOS.—¿Eh?

CIPRIANO.—¡Es una maravilla!

BONIFACIO.—Quiere decir que es muy dispuesta. Que sirve para todo.

MENENDEZ.—Veamos. Veamos.

ALBERTA.—Llámela.

CELIA.—Que venga.

CIPRIANO.—(*Llamando.*) ¡Nicasia!

NINI.—(*Entra Nini por la segunda derecha, como una perfecta doncella.*) ¿Llamaban los señores?

ALBERTA.—¡Es muy guapa!

CELIA.—Tiene bonita figura.

(*Abel, Martín y Menéndez se quedan atónitos. Celia y Alberta contemplan a Niní; y Cipriano se ríe estrepitosamente.*)

MENENDEZ.—(*Aparte a Boni.*) (¿Pero no me ha dicho usted que Niní se había marchado?)

BONI.—Sí, señor.

MENENDEZ.—Y ésta..., ¿quién es?

BONI.—La Nicasia... Quedarán ustedes encantados de ella.

MENENDEZ.—¡Vaya usted a reírse de su abuela!

BONI.—Falleció la pobrecita...

NINI.—(*A las señoras.*) Ustedes dirán...

ALBERTA.—Ahora, ayude usted a... (*Indica a Cipriano.*)

CIPRIANO.—Cipriano.

NINI.—Sí, señorita...

ALBERTA.—Y ponga la mesa en el jardín.

MENENDEZ.—No; ya lo hará él solo. Esta tiene que hacerme un encargo...

(*Cipriano hace mutis foro derecha.*)

NINI.—(*Acercándose zalamera a Menéndez.*) ¿Qué desea el señor?

MENENDEZ.—(*Bajo.*) Si me comprometes no te doy un solo céntimo.

NINI.—(*También bajo.*) Esté usted tranquilo. (*Alto.*) Sé mi obligación y todos ustedes quedarán contentos de mí... (*Mirando a Abel.*)

ABEL.—(*Aparte a Martín.*) (¡Esta mete la pata!)

MARTIN.—(No tengas miedo.)

ALBERTA.—Antes de cenar podríamos distribuir las habitaciones...

MENENDEZ.—No te preocupes, que hay de sobra...

CELIA.—Lo celebro. Así se podrá cumplir mejor lo que hemos pactado.

ABEL.—(*Cariñosamente, tratando de hacerla desistir.*) Pero, ¿todavía insistes?

CELIA.—¡Ah, y no transigiré! La condición impuesta por mí, que todos han aceptado, es indispensable para que yo permanezca aquí.

MARTIN.—Yo estoy por rectificar, francamente...

MENENDEZ.—(*A Celia.*) La cosa es demasiado fuerte.

CELIA.—El trato es trato y si no se cumple yo me retiro...

ABEL.—No; eso no...

CELIA.—Lo pactado es que las noches que pasemos aquí los matrimonios dormirán separados. Cada cónyuge en su cuarto.

BONI.—¡Qué barbaridad!

CELIA.—¿Y usted de qué protesta?

BONI.—Yo..., de nada. Como la cuestión es pasar el rato...

ABEL.—Tiene razón Boni. Esta imposición de Celia...

CELIA.—Es un pequeño sacrificio que yo agradeceré...

ALBERTA.—Tanto como sacrificio..., no... Una pequeña contrariedad. Pero siendo como es su gusto, yo... lo acepto...

MARTIN.—¡Ah! ¡Pues si tú estás conforme, no hablemos más!

ABEL.—(*Resignado.*) Está bien. ¡Hágase tu voluntad!...

CELIA.—Gracias.

MENENDEZ.—¡Sí, hombre! Ya que Boni y yo estamos de partida suelta, ¿eh?... (*Guiñándole un ojo a Nini.*)

NINI.—Si les parece bien a los señores yo les indicaré la distribución.

TODOS.—A ver.

NINI.—(*Aparte.*) (Yo los acabo de separar.) (*Alto.*) El señor (*Por Abel*), aquí... (*Primera derecha.*) La señorita (*Por Celia*), en aquel cuarto. (*Primera izquierda.*) La señorita (*Por Alberta*), ahí. (*Segunda izquierda.*) El señor (*Por Menéndez*), en este otro. (*Segunda derecha.*) El señorito (*Por Martín*), en esa habitación. (*Chaflán de la derecha.*)

BONI.—Y yo en el cuarto de ese pasillo...

NINI.—No. Allí está el cuarto de baño.

BONI.—¿Entonces, dónde voy yo?

MENENDEZ.—¿No hay más camas?

NINI.—Sí, Cipriano le cede la suya.

BONI.—(*A Nini.*) Prefiero la de usted.

NINI.—No cabría, es muy estrecha.

BONI.—¿Ni poniéndome de canto?

MENENDEZ.—Escuche, Boni, aquí estará muy bien... (*Por la "chaise-longue".*)

BONI.—Con el sueño atrasado que traigo, me es igual... (*Acercándose a Celia.*) Pero, vamos, señora... Este capricho de usted es una arbitrariedad. ¡Los matrimonios no se deben separar nunca!

CELIA.—Usted es soltero y no tiene voto en la cuestión...

BONI.—Pero yo sé dónde estoy y ustedes no lo saben... Y ya verán cómo las señoras tardan poco en pedir a sus maridos que las acompañen...

CELIA.
ALBERTA. } ¿Por qué?

BONI.—Porque en este hotel, por las noches, pasan cosas de mucho bulto...

MARTIN.—(*A Alberta, que se ha asustado.*) No hagas caso...

CELIA.—Y usted, ¿cómo lo sabe?

BONI.—Porque la finca es de un amigo mío...

ABEL.—¿Y qué pasa aquí?

CELIA.—Explíquese.

BONI.—Pues en este hotel, don Avelino Regada Vázquez, gran amigo mío...

ABEL.—Y mío... No sabía que don Avelino...

BONI.—¿No te lo ha contado nunca?

ABEL.—No.

BONI.—Bueno, es igual. Pues escúchame ahora: aquí tenía instalado su nido de amor. Esta casa era un paraíso donde don Avelino encontraba siempre una Eva distinta... Algunas veces hasta dos y hasta tres... Aquí...

CELIA.—No detalle.

BONI.—Muy bien. El caso es que todas las mañanas al levantarse se encontraba sobre cualquier mueble una carta de mujer, y esa mujer no era ninguna de las que le habían acompañado. ¡Pero qué cartas! ¡Echaban chispas!... Algunas...

CELIA.—Le he dicho que no detalle...

BONI.—Bueno. Estas cartas le hicieron sospechar que alguna mujer peligrosa le visitaba, quién sabe con qué fin. Quiso descubrirlo y una noche que se quedó solo...

MENENDEZ.—¡Y se presentó el fantasma! ¡Ja, ja, ja!

BONI.—No, señor; no se trata de fantasmas. Lo que ocurrió es que cansado de esperar en su cuarto salió de él y al entrar en esta habitación quédase atónito... Le esperaba una mujer..., pero, ¡qué mujer! (*Con las manos va indicando perfiles.*)

CELIA.—Que no detalle, hombre,

MARTIN.—Sí, sí; detalla, detalla...

ABEL.—Sigue...

MENENDEZ.—Detalle, detalle...

BONI.—¡En qué quedamos! ¿Detallo o no detallo?

ABEL.—Sigue...

BONI.—Seguiré. Pues aquella mujer era una mujer que tenía todas las perfecciones imaginables, pero lo extraordinario del caso es que su estado no era normal.

TODOS.—¿Eh?

BONI.—Sí; estaba en estado...

CELIA. }
ALBERTA. } ¿Interesante?

BONI.—De sonambulismo..., que no es lo mismo...

ALBERTA.—¿Era sonámbula?

BONI.—¡Cabalmente! Don Avelino, al ver el estado de la desconocida dama, y por no asustarla, se sentó en esta otomana, donde permaneció inmóvil. (*Aparte.*) (¡Caray!, qué bien me va saliendo esto.)

ALBERTA.—(*Inquieta y curiosa.*) ¿Y qué?... Siga usted.

BONI.—Pues verán ustedes. La sonámbula se fué acercando a él

paso a paso; a medida que avanzaba se iba dibujando en su boca una sonrisa inefable, los ojos la brillaban centelleantes, de su cuerpo irradiaba un algo incomprensible... Don Avelino seguía petrificado. Por fin llegó la mujer misteriosa junto a él, e inclinando amorosa...

CELIA.—¡Basta, Boni, basta!

BONI.—¡Y le dió un beso!

TODOS.—¡¡Aaah!!

BONI.—Después... El final ya se lo pueden ustedes figurar; pero si quieren, lo detallo...

CELIA.—¡De ninguna manera!

ALBERTA.—Y dígame, Boni: ¿realmente era una sonámbula?

CELIA.—¡Qué había de serlo! El sonambulismo era un pretexto para cazar incautos. Seguro.

ALBERTA.—¿Y quién era la individua?

BONI.—¡Ah, claro!... ¿Que quién era?... Sí... Verá usted... Era la inquilina del hotelito contiguo.

ABEL.—Realmente, el peligro es grande, Celia...

CELIA.—Fantasías de este... fantástico.

MARTIN.—(*A Abel.*) (Qué imaginación la de este idiota.)

BONI.—¿Fantasías? Bien, bien; pues ya veremos luego.

CIPRIANO.—(*Entrando por el foro.*) Ya está la mesa dispuesta. Cuando ustedes quieran...

MENENDEZ.—Hombre, éste sabrá...

BONI.—(*A Nini.*) (Este mete la pata.)

ALBERTA.—Justo. Oiga usted, Cipriano...

NINI.—(*A Cipriano.*) (Di a todo que sí o te echo de casa.)

CIPRIANO.—Mande la señora.

ALBERTA.—Los vecinos del hotel de al lado ¿llevan mucho tiempo viviendo aquí?

CIPRIANO.—¡Anda! De toa la vida.

BONI.—¿Oyen ustedes? Sigue viviendo la sonámbula aquí junto... Y por lo que pudiera ocurrir creo que los matrimonios no deben separarse... ¡Aquel beso fatal!

CELIA.—¡De ninguna manera!... Cipriano, dígame. ¿Es cierta o no es cierta la historia de la sonámbula de aquí al lado?

CIPRIANO.—¿Que si es cierta? ¡Casi na!... Cuántas noches me he tenido que encerrar en mi cuarto... hasta que se oyen los dos tiros, que es la señal de que la sonámbula se ha marchado...

CELIA.
ALBERTA. } ¿Eh?... ¿Dos tiros?
NINI.

CIPRIANO.—Sí, señoritas. La sonámbula es casada, y cuando el marido llega a su casa y no la encuentra hace dos disparos para

avisarla y ella, esté donde esté, en cuanto oye los disparos sale dispará pa su casa.

ALBERTA.—(*Aparte.*) (Celia... Ante esto..., yo, la verdad, tengo miedo... ¿Qué te parece?)

CELIA.—(No hagas caso... Son paparruchas para hacerme desistir...)

BONI.—(*Aparte a Abel.*) (A pesar de mi fantasía se te escapa, galán.)

ABEL.—(*Aparte a Boni.*) (¡Quién sabe!)

MENENDEZ.—Bueno; vamos a cenar que es lo interesante...

TODOS.—¡Sí! Sí... ¡A cenar!

(*Mutis todos por el foro derecha. Quedan los últimos Niní y Cipriano. Al iniciar ella el mutis, Cipriano la detiene.*)

CIPRIANO.—¿Ande vas..., Nicasia?

NINI.—A servir la mesa.

CIPRIANO.—De la mesa ya me encargaré yo. No te molestes tú, preciosa.

NINI.—¿Pero qué confianzas son esas? ¿Es que olvidaste quién soy yo?

CIPRIANO.—¡No lo he de saber! La Nicasia. A mí... (*Guiñándole un ojo picarescamente, hace mutis por foro derecha.*)

NINI.—Este paleto se me ha vuelto comunista. En fin, meditemos en la venganza. (*Reflexionando y señalando a la primera derecha.*) El aquí..., ella... (*Señala a la primera izquierda.*)

MENENDEZ.—(*Por el foro derecha.*) ¡Niní!

NINI.—¿Qué hay?

MENENDEZ.—Vengo a recomendarte una cosa. Escándalos, no, ¿eh? Ni quiero escándalos, ni quiero que nadie sospeche nada.

NINI.—Estate tranquilo. Por mí no ha de saberse...

MENENDEZ.—Bien... Y ahora, escúchame. Tengo una idea. (*Poniéndose tierno.*)

NINI.—¿Es posible?

MENENDEZ.—Sí. Verás. Si tú quieres, hoy mismo podemos celebrar nuestra noche de novios. Cuando todos estén acostados...

NINI.—Pero, ¿cómo? ¿Entrar tú en el cuarto de la doncella? ¿Y eras tú quien no querías escándalos?

MENENDEZ.—No, si no es eso. Digo que tú, aprovechando el truco de la sonámbula..., ¿eh?

NINI.—¡Hola!

MENENDEZ.—Y haciéndote la dormida podrías deslizarte hasta mi cuarto.

NINI.—Y me ven y el escándalo es aún mayor...

MENENDEZ.—No, porque como te ven dormida... no sospecharán nada. ¿Aceptas? ¿Te espero?

ALBERTA.—(*Dentro.*) ¡Papá!

MENENDEZ.—¡Voy! (*A ella.*) ¡Que te espero, monina! (*Se dirige hacia el foro.*)

NINI.—Lo pensaré.

MENENDEZ.—¡No te arrepentirás de ello! (*Va a hacer mutis y tropieza con ABEL que va a buscarle.*)

ABEL.—(*Por el foro derecha.*) Menéndez, que le está llamando su hija...

MENENDEZ.—Ya voy, ya voy... (*Mutis foro derecha.*)

NINI.—(*Después de una pausa.*) ¿Venías a buscarle a él o a mí?

ABEL.—A ti.

NINI.—Tú dirás...

ABEL.—¿Quiéres explicarme el motivo de tu presencia aquí?

NINI.—Muy sencillo. Estoy en mi casa...

ABEL.—¿En tu casa?

NINI.—Sí, señor. El amigo Menéndez me ha alquilado el hotel...

ABEL.—¿Y por qué te has disfrazado?

NINI.—Para no descubrir tu secreto y el mío.

ABEL.—¿No tienes ningún otro propósito?

NINI.—¿Has venido para hacerme una pregunta o para someterme a un interrogatorio judicial?

ABEL.—He venido... porque sospecho tus intenciones respecto de mí y de mi esposa...

NINI.—¡Ja, ja, ja! ¡Tu esposa!

ABEL.—No te rías. Mi mujer. Mi legítima mujer. Y te advierto que no tolero la menor burla ni la más insignificante falta de respeto.

NINI.—Está bien. Pero primero será preciso que ella te estime siquiera...

ABEL.—Eso no es cuenta tuya.

NINI.—¡Si vas detrás de ella como un perro, como un mendigo que suplica un pedazo de pan... que ella te niega... ¡tu esposa! Dos días hace que lo es... y aun no te lo ha demostrado, ¡ni te quiere ni te querrá!

ABEL.—¡Bah! Te hace hablar el despecho.

NINI.—¡No, Abel; no es el despecho! ¡Es el amor que siempre te he tenido! ¡Nuestra felicidad pasada, a la que aun podríamos volver... (*Se echa en sus brazos*), porque yo te sigo queriendo siempre! ¡Yo sí que soy tuya! ¡y bien tuya!

ABEL.—(*Apartándola dulcemente.*) Nini, el pasado no vuelve... Entre tú y yo no existe más que el recuerdo...

NINI.—(*Apasionada.*) No, Abel; entre nosotros existe un amor verdadero... Yo lo sé. Amor que dura toda una vida y que ahora surge con más fuerza que nunca. ¡Abel! ¡Te quiero! (*Confi-*

dencialmente.) Escúchame... Esta noche cuando todo esté en silencio... una sonámbula...

ABEL.—(*Separándose de ella.*) ¡Caray, no!

NINI.—Entrará en tu cuarto...

ABEL.—¡No! ¡No!

NINI.—¡Sí! (*Abrazándose a él.*) ¡Quiero que vuelvan aquellas horas felices!

ABEL.—(*Desasiéndose de ella.*) ¡Nunca! ¡Sería una farsa indigna que ni yo mismo me sabría perdonar. ¡Hemos acabado...; pero ahora, para siempre!... ¿Te enteras? ¡Para siempre! (*Mutis por el foro derecha.*)

NINI.—(*Riendo nerviosamente y con rabia.*) ¿Para siempre?... ¡Aun está eso por ver!...

CIPRIANO.—(*Por el foro derecha.*) ¡Nicasia!... ¡Nicasia!

NINI.—¿Qué?... ¿Qué pasa? (*Con malhumor.*)

CIPIRANO.—Que ya están levantándose de la mesa...

NINI.—(*Serenándose.*) Pues, buen provecho.

CIPRIANO.—Gracias... en su nombre... ¿Sabes que me se ha ocurrido una cosa, Nicasia?

NINI.—Alguna estupidez...

CIPRIANO.—Pues que... que quería prevenirte para que luego no te asustaras...

NINI.—¿De qué?

CIPRIANO.—De que he decidido hacer esta noche de sonámbulo.

NINI.—¿Sí, eh? Miren el cazurro.

CIPRIANO.—¡Y así poder entrar en tu cuarto!

NINI.—¡Habráse visto idiota semejante!

CIPRIANO.—¡Ya verás!..., ya verás lo que te vas a divertir con este sonámbulo.

NINI.—Pues ten cuidado con lo que haces, porque tú podrás entrar sonámbulo, pero vas a salir cataléptico...

CIPRIANO.—No será tanto...

NINI.—Que no, ¿eh? Pues ahí va un anticipo. (*Nini le da una bofetada.*)

CIPRIANO.—¡Vaya tortazo!... ¡Si me ha dejao sordo! (*Por el foro derecha van entrando MENENDEZ, BONI, ABEL, CELIA, ALBERTA y MARTIN.*)

MENENDEZ.—¿Se ha cenado bien, eh?

ABEL.—Admirablemente.

BONI.—Muy bien, sí, señor. Pero yo me estoy cayendo de sueño.

CELIA.—Creo lo más indicado que nos retirásemos a descansar...

ALBERTA.—Cada uno a su cuarto... ¿no? (*Le hace señas a su marido.*)

CELIA.—Sin duda.

ABEL.—(*Suplicante a Celia.*) ¡Celia!

CELIA.—¡Está dicho!

ABEL.—Esto es mandar en casa ajena...

CELIA.—No. Cada uno manda en sí mismo. (*Sonriéndole.*) Mañana será otro día... Ande usted, Alberta. Vámonos a acostar.

ALBERTA.—¡Sea! Buenas noches.

MARTIN.—Pero, oye, Alberta... Mira..., esto de acostarnos separados, ¿eh?..., me parece una estupidez.

ALBERTA.—¡Tú te callas!

MARTIN.—Pues... ¡que seáis buenos! (*Martín se mete rápidamente en el cuarto que se le destinó. Celia y Alberta hacen asimismo mutis por donde se les había indicado.*)

MENENDEZ.—(*A Bonifacio.*) Usted se tumba aquí, ¿no es eso?

BONI.—¡No es eso! Yo opto por el cuarto de baño. (*Aparte.*) (Así creo estaré más cerca del de Niní.) (*Y Boni hace mutis.*)

MENENDEZ.—(*A Abel.*) ¿Y tú?

ABEL.—A ese cuarto...

MENENDEZ.—Ese es el mío.

ABEL.—No importa, pero yo duermo en él.

MENENDEZ.—Como quieras. Aunque la verdad, no me explico...

ABEL.—Las cosas mías. No me haga usted caso. (*Aparte.*) (A mí, Nini no me hace el número de meterse en mi cuarto. ¡Ca, hombre! Se entera Celia y damos al traste con mi felicidad.)

MENENDEZ.—Hasta mañana, pues.

ABEL.—Que usted descanse. (*Se queda la escena sola un momento. Después entra CIPRIANO. De un mueble saca una pistola enorme.*)

CIPRIANO.—Esta noche no me estropea el plan la sonámbula. Y a más, como la Nicasia..., bueno..., la señorita Nini, se me resista... ¡Yo creo que este es un buen argumento! (*Cipriano apaga las luces. Hace mutis. Se queda de nuevo la escena sola. Seguidamente un rayo de luna, clarísimo, entra por el ventanal. Al poco sale CELIA.*)

CELIA.—Verdad o no la historia de la sonámbula me ha puesto nerviosísima. Si me atreviera a salir al jardín, esa brisa de la noche me tonificaría un poco. (*Celia se acerca al ventanal. ABEL sale de su cuarto.*)

ABEL.—¡Realmente soy un cretino! ¡No me conozco! ¿Mira que traerme de cabeza esa mujer? Yo debía llamar a su cuarto y... ¡tirar por la calle de en medio! (*A las pisadas de Abel, Celia se vuelve, lo ve y, al tiempo que reprime un grito, se queda petrificada.*)

CELIA.—(*Aparte.*) (¡Jesús mío! ¡Abel aquí! ¿Qué irá a hacer?)

ABEL.—¡Celia! Pero tú..., digo..., usted... ¿Qué hace usted aquí? ¿Qué haces aquí? La creía a usted dormida...

CELIA.—¿Dormida? Si justamente lo que me ocurrre es que no puedo dormir, criatura.

ABEL.—La historia de Boni, seguro.

CELIA.—Las historias de usted.

ABEL.—¡Celia!

CELIA.—¡Sí, hombre, sí! A despecho de mi propósitos, y aun a sabiendas de que usted no merece la consideración de una mujer honesta, esta situación en que nos hallamos—un poco ridícula y otro poco arbitraria—me inquieta, me tiene fuera de mí...

ABEL.—Pues en su mano de usted está...

CELIA.—¿El hacer de usted un hombre cabal?

ABEL.—El hacerme un enamorado perfecto.

CELIA.—¡Bah!... Palabras..., palabras... y palabras...

ABEL.—Ni una más si usted sigue en la terquedad de no creerme.

CELIA.—Si yo quiero creerle...

ABEL.—¿Entonces?

CELIA.—Pero la vida de usted se opone como un valladar infranqueable... ¡No, no! ¡No es posible!

ABEL.—¡Celia! Mi Celia adorada. Echa fuera de ti esos temores. ¿Es que la claridad de este fuego de mi pasión no basta a disipar las negruras de tus recelos? ¡Veme tal cual soy y piensa que justamente por haber sido mi vida un altibajo de amores fáciles, mi sensibilidad reclama un remanso de pasión donde hallar mi felicidad soñada. Y esa no se encuentra más que en la mujer única. ¡Y la mujer única, para mí, eres tú!

CELIA.—¡Abel! No una usted a sus crueldades pasadas una nueva crueldad... y piense que yo—mujer al cabo—tengo un límite de resistencia...

ABEL.—¿Y acabarás creyéndome?

CELIA.—¡¡Te creo ya!!

ABEL.—¡Celia! (*Abel intenta abrazar a Celia, pero se detiene lleno de respeto o de amor, es lo mismo. Y sólo la coge una mano y se la besa con verdadera efusión.*)

CELIA.—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿No oyes pasos?

ABEL.—¡Vámonos de aquí! ¡Si nos viesen!

CELIA.—¿Pero no somos marido y mujer?

ABEL.—¡Caray!, pues es verdad. Entonces... ¿A tu cuarto?

CELIA.—¡Sea!... ¡¡Me venciste!!

ABEL.—Te venció mi amor, que es más fuerte que yo.

CELIA.—¡Calla!...

ABEL.—¡Entra!... (*Y en efecto, Celia y Abel entran en el cuarto de donde salió ella. Al poco sale, sigilosamente, NINI.*)

NINI.—¡Yo no aguanto más esta farsa! Estoy dispuesta a todo... A todo, menos a estarme en el cuartucho de la criada, que huele

que apesta... Trataré de convencer a Abel... Me echaré en sus brazos, más amorosa que nunca, ¡y si él quiere—y después de... lo que él quiera—por la ventana al jardín, del jardín al automóvil y en él a Madrid. ¡El plan es perfecto! Y al viejo ¡que le frían un Citroen!... (*Nini se dirige al cuarto que ella destinó a Abel y en el que, como sabemos, ha entrado Menéndez.*)

BONI.—(*Sale de puntillas.*) ¡Pues, señor, he errado el golpe! Creí que el cuarto de Nini estaba junto al baño... Pero, en fin; la estela de su perfume, ese perfume inconfundible y embriagador, me llevará a su lado. (*Boni va, cómicamente, oliendo. Y el olor le lleva hasta el cuarto donde está Nini.*) ¡Caray! ¡No!... Aquí está Abel... y la verdad, no le creo capaz... Debe ser un rastro falso... ¡Eso!... Por aquí... ¡Caliente! ¡Caliente!... (*Boni hace mutis. Hay una pausa. Instantes después se oye una detonación ensordecedora. BONI sale despavorido, tras él CIPRIANO, que empuña el pistolón. Simultáneamente salen de sus respectivas habitaciones CELIA y ABEL, ALBERTA, NINI y MENENDEZ, y MARTIN.*)

CELIA. / ABEL. } ¿Pero qué pasa?

ALBERTA.—¿Qué ocurre?

NINI. / MENENDEZ. } ¿La sonámbula?

MARTIN.—¡La catástrofe!

BONI.—¡La bestialidad de este bestia! Me ha descerrajado un tiro que casi me elimina.

CIPRIANO.—Como estaba usted en el cuarto de la Nicasia, creí que era un ladrón.

NINI.—Aquí no hay más ladrón que este viejito simpático...

MENENDEZ.—¡Nini!...

ALBERTA.—¿Pero, papá?

MARTIN.—¿Estos dos?... ¿Esos dos?... Y tú y yo ¡en ridículo!

ABEL.—Perdóname, Martín. Por fin, esta mujer... es mi mujer.

ALBERTA.—¿Qué dice usted?

ABEL.—No. Nada. Cosas nuestras. Usted no sabe...

ALBERTA.—Lo sé todo. Mi hermana Celia no tiene secretos para mí.

ABEL.—¿Celia hermana de usted?

CELIA.—Sí, Abel.

MARTIN.—¡Sí, cuñado!

NINI.—¡Arrea!

ABEL.—(*A Martín.*) Entonces... ¿Tu boda con Celia?

CELIA.—Una fantasía como la de la sonámbula de Boni.

ALBERTA.—Un lazo para cazar a un conquistador.

MENENDEZ.—¡Ja, ja, ja! ¿No te decía yo? Las mujeres de mi

pueblo son terribles... Pájaro al que ponen el lazo... ¡a la talega! ¡Ja, ja, ja!

ABEL.—¡Me han hecho ustedes una bonita comedia!

CELIA.—¡Abel..., perdóname!

ABEL.—¡Como no, si todos habéis contribuído a mi felicidad.

BONI.—(*A Abel.*) ¡Compadre, qué número!

ABEL.—(*A Menéndez.*) Y lo de Nini y usted otra comedia, ¿no?

BONI.—Están en los comienzos de un drama...

NINI.—De un idilio eterno.

MENENDEZ.—La he dado la llave de mi corazón.

BONI.—Perdone usted; aquí el único que ha dado la llave a Nini fuí yo.

ABEL.—¡Me han vencido tu ingenio y tus encantos!

MARTIN.—Lo cual no empece para que mañana iniciemos la tramitación del divorcio, ¿no?

ABEL.—¿Divorciarme yo de esta mujer? ¡Jamás!... Celia, nuestra felicidad será un sueño del que no despertemos nunca...

BONI.—¡¡Quién pudiera decir otro tanto!!

TELON

GUIÓN

REVISTA DE ESPECTACULOS

PUBLICA EN CADA NUMERO EL GUION GRAFICO Y LOS CANTABLES DE UNA OBRA DE EXITO

NUMEROS PUBLICADOS

Núm. 1.—*La sal por arrobas*, de Antonio Paso, música de Luna y Guerrero. Estrenada en el teatro Martín, de Madrid.

Núm. 2.—*Las Leandras*, de González del Castillo y Muñoz Román, música de Alonso. Estrenada en el teatro Pavón, de Madrid.

Núm. 2 bis.—*Las Leandras*, de González del Castillo y Muñoz Román, música de Alonso. Extraordinario del estreno en el teatro Ruzafa, Valencia.

Núm. 3.—*Las Mimosas*, de González del Castillo y Muñoz Román, música de Rosillo. Estrenada en el Maravillas, de Madrid.

Núm. 4.—*¿Qué pasa en Cádiz?*, de los señores Vela y Campúa, música de Alonso. Estrenada en el teatro Romea, de Madrid.

Núm. 5.—*¡Cómo están las mujeres!*, de Francisco G. Loygorry, música de Luna. Estrenada en el teatro Maravillas, de Madrid.

Núm. 6.—*La pipa de oro*, de Paradas y Jiménez, música de Rosillo y Mollá. Estrenada en el teatro Romea, de Madrid.

Núm. 7.—*Katiuska, la mujer rusa*, de González del Castillo y Martí Alonso, música de Sorozábal. Estrenada en el teatro Rialto, de Madrid.

PRECIO 25 CTS. EJEMPLAR

SUSCRIPCION POR 12 NUMEROS:
España, 3 pesetas.
América y Portugal, 4.50 pesetas.
Extranjero, 6 pesetas.

PEDIDOS A LA DIRECCION Y ADMINISTRACION: CARDENAL CISNEROS, NUMERO 69. MADRID.—TEL. 43594.

SOLICITEN CONDICIONES CORRESPONSALES Y LIBREROS

GUTIERREZ

Semanario español de humorismo

K-HITO, DIRECTOR

Los mejores escritores humorísticos

Concursos raros

Secciones extrañas

Contra la neurastenia

Contra la hipocondría

4 COLORES

20 PAG. CTS. 30

COMPRELO USTED TODOS LOS SABADOS

QUIEN BEBE

COCK-TAIL

BEBE BIEN

Cuatro etiquetas

•

Cuatro sabores

KEMTTON

Pedidlo en todos los buenos bares y cafés